

PARTE I

CONSIDERACIONES TEÓRICO-CLÍNICAS

PANORAMA DEL DESARROLLO PSICOSOCIAL DEL ADOLESCENTE

ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA ADOLESCENCIA

La adolescencia es un proceso que ocurre durante el desarrollo evolutivo del individuo, caracterizado por una revolución biopsicosocial. El proceso adolescente marca la transición del estado infantil al estado adulto. Las características psicológicas de este movimiento evolutivo, su expresividad y manifestaciones a nivel de comportamiento y de adaptación social, son dependientes de la cultura y de la sociedad en las que el proceso se desarrolla. Este proceso, como es vivido en la cultura occidental, surgió con la industrialización y la evolución de la burguesía.

Ariès (1973), en su libro sobre la *Historia Social del Niño y de la Familia*, en el capítulo que trata sobre “Las edades de la vida”, relata un estudio interesante. Nos muestra que, en el idioma francés, las palabras oriundas del latín *puer* y *adolescens* eran empleadas indistintamente. La expresión fundamental que se conocía era *enfant* (niños).

Recién a mediados del siglo XVI pasó a diferenciarse *enfance*, *jeunesse* y *vieillesse* (infancia, juventud y vejez). La expresión juventud abarcaba una edad más tardía y significaba “fuerza de la edad”. No existía, por lo tanto, un lugar para la adolescencia.

El *Diccionario de la Real Academia Española*, en su vigésima primera edición que corresponde al año 1992, dice que adolescente es el que: “está en edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo”. Por lo tanto, el adolescente es el que está en un período que antecede a la juventud.

La sociedad, en diferentes épocas, le da más valor a una edad que a otra. Por eso, la juventud fue muy valorada en el siglo XVII, y el “primer adolescente moderno típico habría sido *Sigfrido* de Richard Wagner”. La música de Sigfrido expresaba, por primera vez, la mezcla de pureza, fuerza

física, naturalismo, espontaneidad y alegría de vivir. Todo ello hacía del adolescente el héroe del siglo XX. Esas serían las variaciones conceptuales expresando las transformaciones que ocurren en la comprensión de las sociedades, con sus culturas que cambian con el correr del tiempo y en la dependencia de cuestiones demográficas, tal como lo afirma Ariès.

La sociedad tiende a organizarse por medio de reglas, leyes, costumbres y tradiciones que, por medio de la cultura, se perpetúan como valores grupales comúnmente aceptados por sus integrantes. En este sentido, las sociedades establecen los elementos que definen los estatus infantil y adulto, así como la modalidad de resolución de esta transición.

Cuando me refiero a modalidad, ella debe entenderse como el conjunto de criterios socialmente vigentes que marca la evolución progresiva del joven al estatus adulto. La escolaridad, por ejemplo, puede ser utilizada como uno de los criterios presentes en nuestra cultura, y se caracteriza por una diversidad de estatus dentro de la sociedad.

En los siglos XVII y XVIII, los niños de 10 años y jóvenes de 25 años frecuentaban la misma clase escolar. No existía discriminación programática ni de actividades en relación a las diferentes etapas del desarrollo. Los niños y los adolescentes eran expuestos, de manera explícita, a situaciones de violencia y sexo. No se pensaba que ellos fueran indiferentes a esos hechos, pero tampoco había preocupaciones en relación a las repercusiones sobre su desarrollo. Muchos, tal vez, creyeron que el niño, por lo menos hasta los 12 años, era ajeno e indiferente a esas situaciones.

El conocimiento humano evolucionó en relación al desarrollo biopsicosocial, pero la esencia de su comportamiento persiste, gracias a las características pulsionales inherentes a la especie. Freud y sus seguidores identificaron, sistematizaron y le dieron forma científica a todo con lo que intentaba lidiar la mitología, los poetas -desde la antigüedad- y las religiones primitivas, o sea: las condiciones del alma humana.

Tanto la agresividad humana, perceptible en las guerras, en la violencia urbana o en el seno familiar y personal como las manifestaciones amorosas, sufren las influencias de la cultura vigente y al mismo tiempo la influyen por medio de un proceso dinámico y constante.

Las transformaciones de la cultura, a su vez, pueden ser observadas en la actualidad, por ejemplo, en la vulgarización de la vida privada o en la pérdida de referencias en relación a lo individual y lo colectivo. El comportamiento sexual y su liberación, así como la violencia inagotable e insertada en el alma hacen con que, en cierto sentido, el hombre contemporáneo no difiera, en su esencia pulsional, de sus ancestros más primitivos.

La vida colectiva, en sociedad, sumada a los procesos de corticalización con su capacidad simbólica, produce cambios en las formas de expresión de la vida pulsional. Esta, a su vez, se transforma -por medio de la cultura- en elementos de la vida afectiva-emocional y del conocimiento humano que interfieren en la cultura, movilizadas por las pulsiones.

En *“El Malestar en la Cultura”* y *“Tótem y Tabú”*, Freud (1930, 1912-3) retrata, de manera brillante, esa situación. La pubertad, por lo tanto, es un proceso resultante de las transformaciones biológicas, mientras que la adolescencia es fundamentalmente psicosocial. Ella es desencadenada, forzada y concomitante a las alteraciones biológicas que intervienen en la maduración de las manifestaciones pulsionales y son inherentes a este período.

Vale la pena recordar que las velocidades de maduración de cada sector (biológico, psicológico y social), y de las partes que los componen, son distintas e interactuantes, dando el colorido típico que caracteriza al adolescente de nuestra sociedad.

A pesar de que el proceso de la adolescencia depende de factores extrínsecos y regionales, hay aspectos que pueden ser considerados universales. Desde las civilizaciones primitivas hasta las consideradas modernas y progresistas, todas dan un significado social preponderante al momento de la adquisición de la capacidad reproductora, evidenciada por el inicio de la eyaculación y por la primera menstruación, centralizada en el tabú del incesto y en el significado de la representación totémica. Son las condiciones que determinan la búsqueda, fuera de la familia, de un nuevo objeto de amor.

En la sociedad contemporánea, al joven se lo presiona con una función a más para poder alcanzar la condición adulta y así ser reconocido por la sociedad como tal. Él debe poseer condiciones para encargarse de su propio destino, cualidad tan difícil de lograr en nuestros días debido a las

circunstancias sociopolíticas y económicas que las sociedades contemporáneas están viviendo.

La sociedad, con su cultura y tradiciones, establece prerequisites y criterios que el joven deberá superar para obtener el estatus adulto. El indígena púber, al haber adquirido la función reproductora y estando ya plenamente apto para la caza o la guerra, se encontraba en condiciones de ejercer diversas funciones y estaba capacitado para integrarse a la comunidad adulta.

Hoy, en nuestra sociedad, las condiciones necesarias para ascender a la vida adulta involucran aspectos que aumentan las dificultades y complejidades, haciendo que esta fase de transición sea más prolongada y aparentemente más penosa.

El joven, de por sí, tiene que enfrentarse con aspectos sociales, políticos, filosóficos, religiosos, económicos y profesionales, sin contar aquí todo el proceso afectivo subyacente. La velocidad y la intensidad con que los medios de comunicación social llegan a las culturas han sido, en los últimos tiempos, tan intensas que superan la posibilidad de asimilación y distorsionan las culturas que tradicionalmente eran estables. Esta constelación de valores hace todavía más complejo el período fundamental para la organización de la personalidad del individuo.

Determinadas sociedades desarrollan “ritos iniciáticos”, los que facilitan el proceso de integración a la comunidad adulta.

En la tradición cristiana la primera comunión representa un momento de consagración que coincide con un período de aparente inocencia y pudor.

En la tradición judía se celebran los ritos denominados *Bar Mitzvah* y *Bat Mitzvah*, siendo ritos púberes que marcan el paso de chicos y chicas, a los 13 y 12 años respectivamente, indicando que la infancia está llegando a su fin. El *Bat Mitzvah* ya es un reflejo de la interferencia de los nuevos valores sobre el ritual milenario. Las comunidades judías progresistas y reformistas han introducido un ritual más adecuado a las condiciones de la cultura contemporánea. Las mujeres, en estas comunidades, se igualan en nivel jerárquico al lugar tradicionalmente ocupado por los hombres, evidenciado eso al haber conquistado el derecho a subir al púlpito y hacer la lectura de la *Torá*, el libro sagrado. Estos ritos púberes indican el acceso al estatus adulto con sus pertinentes derechos y obligaciones.

Anteriormente, bajo condiciones diferentes de vida, esa ceremonia religiosa, como la de otras culturas, tenía un significado muy importante. Además del criterio biológico, indicando el comienzo de la vida reproductora, el joven se sometía a diversas pruebas, impuestas por la sociedad, para poder ocupar su papel adulto. Con el transcurso del tiempo, muchos de esos ritos de iniciación tomaron una connotación espiritual y moral, constituyendo un importante marco religioso-moral. Representaba el sometimiento a las leyes que definieron la tradición y su perpetuación.

En el *Talmud*, conjunto de libros escritos por los rabinos durante la Era Helénica de la historia judía, hay una interpretación que hace referencia a los 13 años como siendo la edad apropiada para empezar a cumplir los 613 mandamientos de la Biblia. Por otra parte, el sabio Eleazar habría dicho: “hasta el décimo tercer año de edad es obligación del padre el educar a su hijo”, y completaba: “bendito sea el que me sacó la responsabilidad que tenía sobre ese joven”. La conducta moral, la preservación de los ritos y las costumbres, así como la devoción, pasaban a ser de responsabilidad absoluta del muchacho.

En los días de hoy, esta ceremonia ya perdió su significado. En muchos casos ella es solamente una práctica formal y sin ningún significado efectivo de lo social y lo religioso. Para algunos es, simplemente, una forma de retratar el estatus económico alcanzado por ciertas familias. Pero, en su esencia, es un momento de alegría y de tristeza, de aspiración y de temor. No resulta fácil transportar los rollos de la ley y asumir los compromisos que la tradición pretende.

Esos ritos denotan la ruptura de los lazos domésticos de los jóvenes y consagran el paso que es dado, de la vida circunscrita a la familia en dirección a la vida comunitaria. El contenido y la duración de esos ritos varían de una comunidad a otra, en virtud de la naturaleza de las actividades y obligaciones que definen las prerrogativas de la edad adulta, de una determinada cultura, según lo caracteriza Reymond-Rivier (1965).

Inclusive en sociedades cuyo ritual iniciático se caracteriza por un intenso sufrimiento físico o psíquico, los jóvenes demuestran deseos fervientes de someterse a esos padecimientos. Se da por el significado que representan esos actos en términos de aptitud, dignidad, consideración y aceptación de la sociedad adulta. Esos ritos dan la posibilidad al adolescente para que él se exhiba frente a sí mismo y a los demás, incentivando el

desarrollo de sentimientos de seguridad, de autoconfianza y estima. El resultante es la abreviación y la facilitación de la resolución psicológica de la crisis juvenil.

En cualquier contexto sociocultural, la adolescencia será siempre un período de crisis y desequilibrio. Estas características se deben tanto a los cambios fisiológicos que se realizan como a las repercusiones psicológicas de inserción del joven en la comunidad adulta.

Reymond-Rivier sostiene que, en relación al adolescente, lo que difiere de un individuo a otro y de una cultura a otra es la amplitud y la intensidad de la crisis, su forma de expresarse y la solución que se le da.

La sociedad occidental moderna hizo más complejo este paso para la vida adulta. El joven se ve frente a una gran cantidad de variables y posibilidades de elección. Por un lado, le ofrecen mayores perspectivas de vida y por otro, encuentra una amplia gama de oportunidades para realizar sus experiencias. Las consecuencias de esas transformaciones son el alargue del tiempo de duración del proceso y una complejidad cada vez más grande en la búsqueda de su identidad adulta.

Entre nosotros existen grandes discrepancias entre los procesos de maduración biológica, psicológica y social. No hay un rito definido para pasar de un estado a otro. Pero es necesario saltar varias etapas, en diferentes sectores de la vida psicológica, social, comunitaria, económica, profesional, legal, religiosa, moral y otros, para poder lograr, o sea, conquistar el estatus adulto.

A título de ejemplo, en nuestro medio, el tener un coche o pasar en el examen de ingreso a la facultad, entre los adolescentes de clase media -entre otras cosas- han adquirido la característica de criterio valorativo de paso a la vida adulta.

La disociación entre lo biológico y los diversos niveles de madurez psicosocial pasa a ser un importante factor de tensión entre los jóvenes. El muchacho puede estar apto para ejercer sus funciones sexuales, pero se encuentra conflictuado frente a las fuerzas de la cultura, de la sociedad y de los peligros que existen ante los deseos de plena liberación y desarrollo de esas funciones.

O, dicho de otra manera, no es suficiente liberarse: es necesario aprender a luchar con su cuerpo, sus deseos, sus afectos y principalmente, tener consciencia de las repercusiones objetivas y subjetivas en su vida. A menudo, en nuestra cultura, se toma conciencia de los hechos después de que éstos sucedieron. Por eso es muy importante la realización de campañas de esclarecimiento y es necesario que exista una educación preventiva.

Surgen cuestiones relativas a la posibilidad de embarazo, sobre el uso indiscriminado de anticonceptivos o de la práctica del aborto, de contaminación de enfermedades venéreas y, actualmente, el fantasma del SIDA. Es una serie de presiones y repercusiones que recaen sobre la vida emocional de los jóvenes. Esos niveles de relacionamientos emocional y cognitivos requieren una madurez y disponibilidad para funcionar dentro del principio de realidad individual y social. Son elementos que, a su vez, son obtenidos a partir de las vivencias que contienen niveles de contradicciones y conflictos, por los que el adolescente necesita pasar y aprender a enfrentar.

Las contradicciones que existen entre la vida biológica y las imposiciones de la cultura desencadenan conflictos que serán de una intensidad proporcional a la importancia de los puntos de fijación y a las características regresivas durante la infancia.

Es dable observar que adolescentes cuya infancia haya sido regida por una severidad moral, por criterios perfeccionistas, o que hayan tenido sus experiencias sexuales infantiles gravemente reprimidas, ellos estarán más vulnerables a conflictos internos en sus relaciones con el medio que los circunda.

Existe una cierta expectativa, por parte de la sociedad, de que el joven se porte como el adulto, sabiendo que él no lo es. Me parece que la misma sociedad que debe asimilar al joven y que lo necesita, no está muy preocupada con el *llegar a ser* de la juventud. Tampoco lo acepta como él realmente es. En caso contrario, habría movimientos más activos y constantes en el sentido de una mayor integración del adolescente a la sociedad de la que hace parte, y sobre la que él interfiere, ya sea positiva o negativamente, como cualquier otro integrante de la sociedad constituida.

El joven, por lo menos en parte, es fruto de la sociedad que lo formó y que, ahora, lo rechaza o le da poca acogida, ante sus necesidades afectivas y de valores. Sus “actos irresponsables” (conducir un vehículo sin licencia,

actos de vandalismo) no son ni más ni menos perniciosos que los modelos que les son presentados diariamente por medio de la violencia de los medios de comunicación o de mecanismos políticos repletos de corrupción.

La violencia en los más diferentes grados y formas, en nuestra sociedad, pasa a ser un elemento de autoafirmación entre ciertos grupos sociales. La propia máquina de propaganda de nuestro sistema incentiva a tener actitudes de ese tipo. Se pregona la legalidad al mismo tiempo que el poder institucional se dedica a corromper. Se predica la caridad para combatir el hambre, se habla de solidaridad, elementos fundamentales de la convivencia social, pero son muy pocas las oportunidades para que se aprenda a pescar.

Hasta hace muy poco tiempo, en el Brasil, estaba prohibida la educación sexual en las escuelas públicas. Muchas discusiones se originaron sobre la validez y los aspectos morales de esa iniciativa. Mientras tanto, el uso de propagandas en los medios de comunicación, usando mensajes que sobrevaloran el aspecto erótico y teniendo como objetivo el consumo masivo, ese tipo de información, circula sin ningún tipo de restricción. Estoy señalando no una cuestión moralista, sino un aspecto paradójico en la difusión de los códigos sociales, en virtud de intereses y poderes en ejercicio del poder.

Con la propagación asombrosa del SIDA cambiaron los conceptos éticos vinculados al sexo. Hoy ya es incuestionable la necesidad imperiosa de llevar la educación sexual a las escuelas, a las familias, a cualquier lugar y cuanto antes, mejor. En la actualidad hay innumerables factores, como el poder económico y los avances tecnológicos, que participan en el proceso continuo de transformaciones sociales.

Por lo tanto existe, en la sociedad, una fisiología en constante mutación, con sus factores inmutables y controlables por un lado y con sus valores variables e imprevisibles, por el otro. Es un proceso que, en su esencia, no difiere fundamentalmente de lo que sucede en la evolución psicosocial del individuo.

El psicoanálisis, con sus proposiciones y conceptos propuestos a partir de Freud, nos ayuda a comprender - por medio de sus conceptos metapsicológicos - los aspectos estructurales, dinámicos y económicos que componen el funcionamiento mental.

Otra característica contradictoria de nuestra sociedad está en el hecho de que el joven es considerado suficientemente adulto a los 16 años como para votar, y a los 18 años responde legalmente por sus actos. Sin embargo, económicamente no es adulto hasta los 21 años, momento en que realmente podrá emanciparse.

El joven que desee construir su propio núcleo familiar, se verá impedido de hacerlo por su dependencia económica, porque todavía no terminó sus estudios. Si trabaja, lo que gana no le alcanza para formar y sustentar a una familia. Muchos se casan y viven en relación de dependencia con la familia original, la que a su vez se siente en el derecho de interferir en la vida del joven matrimonio.

Los adolescentes que tienen la posibilidad de ir a la escuela, para después alcanzar una facultad, precisan definir a los 16 años lo que ellos querrán ser en el futuro. Es una definición imperiosa, impuesta por el sistema educacional vigente, que ocurre - justamente -, en el auge de su crisis de identidad.

Las estructuras de la escuela secundaria y de la universidad no están lo suficientemente organizadas, personal y técnicamente, como para saber lidiar con el tiempo necesario y las vicisitudes del proceso de maduración emocional de los jóvenes. Son factores imprescindibles que deben ser considerados para que exista una adecuada definición profesional.

Con facilidad se puede deducir que cuanto más compleja es la sociedad, mayores serán los prerequisites necesarios para que el joven pueda integrarse en la sociedad adulta. Todo eso determina que el proceso de transición se alargue.

Además de los factores externos señalados, otros participan en la expresividad del proceso de adolescencia, tales como los aspectos de la personalidad del individuo, su carácter, su historia biográfica, incluyendo las experiencias traumáticas y placenteras que dan la configuración del cuadro psicológico y comportamental.

En nuestra sociedad encontramos a individuos que viven el proceso adolescente de una forma extremadamente corta, y otros que lo alargan de una manera casi interminable. Los primeros, por causa de problemas

básicamente socioeconómicos, ya con precocidad se ven sumergidos en la vida adulta sin que hayan tenido el tiempo suficiente como para elaborar y madurar sus conflictos emocionales. Ese pasaje rápido por la adolescencia lo limita en sus posibilidades vivenciales, desvinculadas del peso de cierta responsabilidad. Rápidamente los coloca en contacto con la realidad, y eso puede - por un lado - restringir el campo de las experiencias intelectuales y afectivas y por el otro, los pone en la condición de tener que adaptarse a la realidad. De esa forma, el joven se ve en la necesidad de asumir prontamente un nivel de autonomía y responsabilidad que le permite menos condiciones para equivocarse, fracasar, rever, cuestionar, cambiar, dudar. La preocupación básica pasa a ser la supervivencia. Es una situación de cierta desventaja con respecto a las posibilidades de elección y oportunidades que tienen otros jóvenes con la misma edad y con otras condiciones socioculturales.

En el otro extremo se encuentran los denominados “adolescentes profesionales”. Son individuos cronológicamente adultos, pero cuyo proceso adolescente se extiende en el tiempo, manteniéndolos en un estado de dependencia afectiva y económica. El factor socioeconómico y cultural también está presente en esta situación. Pueden ser jóvenes de familias adineradas o no. Algunos no se sienten gratificados en asumir sus responsabilidades personales y comunitarias. No quieren perder sus privilegios infantiles y encuentran respaldo en la familia, la que se encargará de protegerlos, prolongando indefinidamente el estado de inmadurez.

En nuestra sociedad, los criterios que definen la inserción del individuo en la sociedad adulta son: madurez, independencia, autodeterminación, responsabilidad y actividad sexual efectivamente adulta. Se comprende este último aspecto como implícitamente vinculado a la posibilidad de procreación y a condiciones socioeconómicas para formar una familia.

Tal como lo expresé anteriormente, la velocidad y la difusión de los medios de comunicación social están afectando a los valores tradicionales de las sociedades contemporáneas. Ellas están siendo invadidas por valores extraños a ellas, diluyéndolas, perdiendo identidad, ocurriendo transformaciones en la cultura original. Esto ocurre a menudo y sin que se tenga el tiempo necesario para su asimilación. Es suficiente con observar lo que pasa en nuestro medio en relación a los valores relacionados a la sexualidad (la virginidad, la liberación sexual, el homosexualismo, la ruptura del ideal de pureza y abstinencia, la creación de movimientos feministas),

principalmente cuando tales valores afectan a poblaciones provincianas, hasta entonces herméticas en su sistema de valores.

Ese conjunto de transformaciones contribuye a aumentar los conflictos y la complejidad del proceso de adolescencia.

El adolescente siempre está buscando su identidad adulta. Procura nuevos modelos de identificación, y las posibilidades de hacerlo en una sociedad urbana, industrializada, son relativamente ilimitadas. Son incontables las alternativas que existen frente a él, por medio de sus compañeros del colegio, de los grupos a los que pertenece, de su profesor, del entrenador de deportes, o un artista, un ídolo político o religioso.

Con relación a la definición de la identidad sexual, el *Comité sobre Adolescencia del Grupo para el Avance de la Psiquiatría* (EEUU) se expresa de la siguiente forma: “En la sociedad actual hay una tendencia para que los papeles definidos por el sexo se hagan ambiguos, así el niño en vías de desarrollo tal vez carezca de caminos claros, además de las circunstancias anatómicas, para establecer la diferenciación de los sexos...” y luego agrega: “... deja al adolescente luchando con su más importante tarea de identidad, la sexual, en la ausencia de papeles claramente definidos por el sexo”.

Antiguamente, el hijo del artesano era artesano y la chica era criada para ser ama de casa y madre de familia. Hoy las cosas han cambiado. La medicina moderna investiga la inoculación de óvulos de chicas muertas en mujeres que desean quedar embarazadas, y hay hombres que están gestando bebés a partir de sus alzas intestinales.

Es la contradicción entre la evolución del conocimiento *versus* la pérdida o la necesidad de encontrar nuevos parámetros. Al momento de escribir sobre estas cuestiones probablemente ya estaré desactualizado e inclusive no tengo clara cuál es mi opinión personal al respecto.

El pensamiento dialéctico es una condición necesaria y tal vez, sea el único medio que posibilite, al individuo, la libertad de opción. En cada situación se pueden identificar tanto los aspectos positivos como los negativos, los constructivos y los destructivos, los deseos que serán satisfechos y los que serán frustrados. Me parece que, únicamente dentro de esa dinámica de concientización y de reflexión, el hombre puede alcanzar un sentimiento de “libertad individual, de libre albedrío”.

Sin embargo, frente a la complejidad de problemas originados a partir de los progresos científicos vinculados al área de fertilización, me siento como un adolescente, o quizás como un bebé, debido a la total ignorancia en relación al asunto. Lo que le conviene a un grupo de personas, en un plano individual, tal vez no sea conveniente para el resto de la sociedad y viceversa. Son características del pensamiento moderno, recientes en cuanto a preocupaciones en la mente humana, siendo el resultado de la evolución inherente a la progresión del conocimiento humano, por lo que son fruto de la expresión de una pulsión epistemofílica.

Los impulsos para una vida sexual activa están presentes independientemente de la cultura. Las posibilidades de experimentar, que favorecen la identidad sexual, son restringidas por las expectativas de la cultura y son derivadas del conflicto edípico, fruto de la prohibición del incesto. Los cimientos de la cultura se encuentran en la resolución del complejo de Edipo por medio de los procesos de identificación, sublimación, y de organización del superyó, con sus funciones constitutivas y represoras.

Del joven se anhela que aprenda a controlar sus impulsos sexuales y agresivos en un período en que él se siente con poca habilidad para hacerlo, llevándolo a reprimirlos o liberarlos. A menudo pasan a la acción, muchas veces de manera impulsiva e inconsecuente, constituyendo el *acting out*. O sea, reaccionan por descarga, sin usar debidamente su capacidad para pensar creativamente. Comúnmente se observa que, una vez satisfecho el deseo inmediato, cuando ocurrió la descarga, surgen el conflicto y el dolor. Éstos son la consecuencia del sentimiento de culpa y posibilitan una reconstrucción reparadora.

Las características del proceso adolescente varían dentro de una misma sociedad considerándose, tal como ya fue mencionado, los aspectos socioeconómicos de la clase a la que pertenece el individuo.

Muestro, como ejemplo, el trabajo de Harari y colaboradores (1974), quienes estudiaron el desarrollo de la identidad sexual en mujeres adolescentes provenientes de familias marginalizadas de la población del Gran Buenos Aires (Argentina). Los autores comprobaron que esas adolescentes desempeñaban, dentro de la estructura familiar, funciones específicas y distintas de las que ejercían las muchachas de su misma edad, pero de otra clase social. Manifestaron que la primera relación sexual, en este

subgrupo, surge de manera abrupta y se da, por lo general, al final del período puberal.

Esa experiencia constata los datos brasileños (OPS/OMS, 1989, 90) en relación a lo que ocurre con las muchachas pobres de 12 años de edad o menos, las que muchas veces son incentivadas, por la propia familia, a prostituirse como una manera de sustento. Los adolescentes de los grandes centros urbanos, dentro de una cultura de clase media, se han presentado como jóvenes inestables, inseguros, rebeldes, con gran oscilación del comportamiento y del humor. Pasan rápidamente de la expansividad a la retracción social. Viven períodos o momentos de energía y coraje desmedidos, llenos de lucha e ideales quijotescos, sueños y aventuras, los que prontamente pueden convertirse en sentimientos de depresión, incertidumbre, pasividad y desánimo.

Anna Freud y colaboradores (1972) hacen hincapié en tres aspectos característicos de nuestra sociedad, los que contribuyen para aumentar la tensión entre los adolescentes:

a) En primer lugar, subrayan que, justamente en un período en que todas las energías del adolescente están dirigidas a solucionar los problemas originados en el crecimiento somático y sexual, del mismo se exige que produzca académicamente, que elija una profesión y que asuma crecientes responsabilidades sociales y financieras;

b) La obvia preponderancia de los problemas sexuales en la adolescencia oscurece el papel concomitante de la agresión. La autora recuerda países donde las energías agresivas del adolescente son empleadas en actividades bélicas, socialmente aprobadas, y en los que hay una incidencia menor de problemas con adolescentes. Agrega que ciertos países, altamente politizados, canalizan esa energía de los jóvenes en movimientos ideológicos, en los que la lucha intelectual y democrática es edificante, y

c) Lo importante no es considerar cómo se porta el adolescente en casa, en la escuela o en la sociedad, y sí qué tipo de desarrollo es mejor para que él logre una forma de vida adulta adecuada.

El mundo de los adultos no deja de ser un mundo idealizado en sus normas y reglas sociales. Se tiene que vivir con sus contradicciones, lo que

contribuye para incrementar los conflictos del adolescente, cuyo proceso ya por sí solo, es vasto en contradicciones.

Se predica el amor y se hace la guerra, y por medio de ella, se ansía la paz. Se anhela ser libre, se habla de confianza, pero se usa la represión, la violencia y el soborno. Se defiende el sexo como una expresión sublime del amor y al mismo tiempo, se vende el cuerpo en propagandas de cualquier producto que pueda ser consumido. En este mundo, lleno de contradicciones, el adolescente necesita aprender a vivir, con sus ansiedades y con las del prójimo, con el deseo y la esperanza de poder hallarse.

DESARROLLO PSICOLÓGICO DEL ADOLESCENTE.

INTRODUCCIÓN A LAS BASES PSICOANALÍTICAS DE LA ORGANIZACIÓN PSÍQUICA.

En este punto, pretendo recordar, de manera sintética, algunos de los elementos que componen las bases del pensamiento psicoanalítico, a manera de introducción para los temas que le seguirán, a los que les doy un tratamiento eminentemente psicoanalítico.

El desequilibrio de la vida afectiva está en la dependencia de la integración entre las necesidades instintivas (de naturaleza endógena, hereditaria o genética) y el medio ambiente. El organismo, con sus recursos busca satisfacer sus necesidades internas en pos de un estado de equilibrio vital.

El aparato psíquico, según la escuela psicoanalítica desarrollada a partir de Freud (1895,1900), posee una organización estructural, dinámica y económica. La energía que lo moviliza se origina en los impulsos instintivos e incita el organismo a la actividad, buscando la gratificación. La homeóstasis psíquica es alcanzada por medio del equilibrio vinculado a dos principios: el del placer y el de la realidad. Con la evolución neuropsíquica del individuo, la organización pulsional recorre etapas que se superponen e interaccionan: oral, anal, fálica, genital y latencia.

Los sistemas psíquicos funcionan en niveles inconsciente, preconsciente y consciente, siendo que las acciones expresadas por ideas o comportamientos sufren las influencias de la vida inconsciente.

Desde el punto de vista estructural, el aparato psíquico se organiza en niveles funcionales representados por el *ello*, el *yo* y el *superyó*. El *ello* abarca las necesidades instintivas, sexuales y agresivas. El *yo* posee la función de integración de las percepciones del mundo interno y externo. Funciona como un mediador y ejecutor de una acción, controlando los impulsos y adecuando las respuestas ante las necesidades y los deseos. Las aptitudes del *yo* se desarrollan gradualmente, adquiriendo eficiencia funcional durante la vida evolutiva. El *superyó* está constituido por los aspectos éticos, morales y valorativos, caracterizando el sistema normativo y de censura.

Al *yo* le corresponde armonizar ese conjunto y adaptarlo a la realidad. Para mantener su integridad, el *yo* necesita excluir de la consciencia los impulsos que siente que no puede controlar ni siquiera integrar. Para ello, utiliza los mecanismos de defensa, tal como la represión, evitando la angustia proveniente de ideas cargadas de pulsiones¹, vividos como peligrosos, los que tienen tendencia a llegar a la consciencia y expresarse por medio de la acción.

La excesiva represión afecta al *yo*, en el sentido de que gran parte de su energía estará dirigida a esas funciones, perjudicando la integración de las restantes necesidades psíquicas. En caso de que el *yo* esté amenazado por impulsos internos y frente a una represión insuficiente, podrán surgir otros mecanismos de defensa.

El resultante de esa organización dinámica es el comportamiento explícito manifestado por el individuo, pudiendo tener un significado latente, motivado por las fantasías inconscientes.

En cuanto a la organización de la personalidad, ella se va desarrollando progresivamente, en la dependencia de factores constituyentes de las fuerzas pulsionales, de los determinantes psíquicos, de las influencias del medio ambiente y de la biografía (conjunto de experiencias vivenciales), que ocurren durante la evolución del individuo.

Por medio de un proceso de intercambios que se establece a partir de las primeras relaciones entre la madre y el bebé, asociadas a la maduración neurobiológica, son creadas las condiciones para que se desarrolle el aparato psíquico, de la vida afectivo-emocional, simbólica, del pensamiento y de los

¹ El autor no pretende discutir el significado de *Trieb*, traducido del alemán al portugués y también al español a veces como *pulsión* y otras como *instintos*. La intención del autor es señalar la existencia de impulsos que parten del cuerpo y que realizan la investidura en el propio cuerpo y en el mundo exterior, posibilitando que se establezcan las representaciones mentales.

procesos de identificación, cuya expresión definirá el perfil de la identidad y la personalidad del individuo.

La adolescencia es una etapa fundamental en la historia del desarrollo vital. Hay algunos que dicen que este período es un segundo nacimiento, en el sentido de que “primero se nace y en la adolescencia se empieza a vivir”.

Esa sería una de las consecuencias de la evolución de las especies. El hombre, comparado con otros animales de la escala evolutiva y a diferencia de la mayoría de las especies, adquiere tardíamente su condición de madurez.

Claro que la psicología del desarrollo no termina en la adolescencia, pero es en este período en que el individuo se redefine como persona. La adolescencia es la búsqueda de sí mismo, una etapa de transición entre la identidad infantil y la identidad adulta. El resultado de esa busca ejerce un papel fundamental en la formación y consolidación de la estructura básica de la personalidad.

En esa etapa de la evolución psicosexual, el joven revive, consciente o inconscientemente, las situaciones del pasado. Esa transición será vivida con mayor o menor dificultad, siendo que las características del paso por la adolescencia dependerán de: sus experiencias infantiles, las relaciones afectivas primarias, las características de su iniciación en la vida social y del modo de resolución de las relaciones triangulares -en ocasión del conflicto edípico-, sus angustias y temores, que en esa oportunidad él podrá revivirlos de alguna manera.

La vida afectiva se encuentra en etapa de reformulación. El equilibrio emocional es inestable, oscilante y el proceso es inevitable. La comprensión racional y afectiva de esos movimientos de transición contribuye haciendo que ese período sea menos doloroso y más edificante para el adolescente.

LA EVOLUCIÓN PSICOSEXUAL.

Por medio del estudio sobre la evolución social del niño y de la familia se conoce que “la actitud frente a la sexualidad, y sin duda la propia sexualidad, varían de acuerdo con el medio y, por consecuencia, según las épocas y las mentalidades” (Ariès, 1973).

Por otra parte, el psicoanálisis ha mostrado que la evolución psicosexual ocurre a partir de una secuencia de etapas, hasta llegar a la sexualidad adulta.

Se entiende por sexualidad, según el *Diccionario de Psicoanálisis*, “toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica fundamental (respiración, hambre, función excretora, etc.) y que se encuentran también a título de componentes en la forma llamada normal del amor sexual” (Laplanche & Pontalis, 1981:401). Es, por lo tanto, una amplia función, cuya finalidad es el placer y en otro plano, la procreación.

El recién nacido presenta una intensa excitación ante el estímulo del hambre, seguido por la plena satisfacción y relajación al serle saciada la necesidad.

Entre los 2 y 3 años de edad, el niño demuestra placer al poder controlar las partes de su cuerpo, tal como los esfínteres. En ese momento empiezan los primeros pasos en dirección al desarrollo de la capacidad de tomar decisiones y de controlar la voluntad. En un proceso concomitante, adquiere la posibilidad de adecuar sus impulsos agresivos y sexuales a las condiciones del control social impuestas por el medio. El niño comienza a interesarse por su propio cuerpo, se compara con otros y descubre las diferencias entre él y sus padres y hermanos. Les pregunta a los padres sobre su propio cuerpo; la niña querrá saber si tendrá senos y pelos como su madre, o por qué su ‘pito’ no es como el de papá. El niño se sentirá orgulloso de su pene, pero tendrá miedo de perderlo. En esa edad, los niños viven cierta excitación y deseo de mantener un contacto más vivo con los padres del sexo opuesto.

Poco a poco, los niños se van dando cuenta de que hacen parte de una relación a tres, en la cual él o ella es uno de los vértices del triángulo, y sus padres representan los otros dos. El chico presenta sentimientos de intenso amor por la madre. Se identifica con el padre, pero el deseo de ocupar su lugar junto a la madre origina sentimientos de culpa y de temor, preocupándose por la posibilidad de que su pene, o cualquier otra parte de su cuerpo, pueda llegar a ser afectado.

En ese período, normalmente el niño vive sentimientos ambivalentes, de amor y de odio, cuando están presentes las fantasías eróticas de carácter prohibitivo, provocándole un sentimiento de angustia y de culpa. Una

situación similar les ocurre a las niñas, cuyo homólogo de la castración es el deseo de tener pene (envidia por no poseerlo). Esa triangulación constituye la base del conflicto edípico. Es una etapa fundamental en la estructuración de la personalidad del individuo, siendo la base de la organización de la identidad sexual.

Una gran parte de las cualidades de las relaciones interpersonales y heterosexuales de la vida adulta dependerá de las características de la relación establecida con los padres en ese período. Ellos son los primeros modelos de relacionamiento heterosexual. La resolución de ese conflicto se hace por medio de la identificación con el progenitor del mismo sexo, sin que eso implique una “copia exacta” del modelo presentado, pero sí una elaboración propia a partir del modelo considerado, temporalmente, como ideal. Ese proceso le permite al niño reconocerse y asumirse frente a su sexo.

En la etapa escolar, entre los 7 y 10 años, la sexualidad está en parte reprimida y desplazada hacia otros intereses: intelectuales, normativos y sociales.

Después, todo el organismo es invadido por la fuerza de las transformaciones biológicas y agarrado por los impulsos sexuales y agresivos, determinando el comienzo de la pubertad y del proceso de adolescencia. Éste último se caracteriza por la reedición del conflicto edípico, el que ahora se le presenta como algo mucho más peligroso. Ahora, las posibilidades reales de actuar de los deseos incestuosos son más grandes, en virtud de la sexualidad genital presente.

Al comienzo, está sin saber muy bien el significado de su sexualidad y de cómo disponer de ella, mas poco a poco va descubriendo los misterios y devaneos que esa situación atrayente y angustiante le despiertan. El cuerpo, la dinámica psíquica, sus anhelos sufren profundas alteraciones, dando nuevas connotaciones a la personalidad del adolescente, el que ahora empieza a buscar su propia identidad.

COMIENZO DE LA ADOLESCENCIA.

Cuando se observa a un chico de entre 9 y 11 años de edad, en el período prepúber, se ve que en esa etapa, generalmente, se muestra adaptado a la familia, a la escuela y al grupo de amigos. El niño acompaña a los padres en muchas actividades, y comparte sus ideas y valores. Él es relativamente

organizado y cuidadoso con sus cosas. Aunque realice una actividad intensa, él acepta tranquilamente la relación de dependencia con los padres.

A medida que van ocurriendo las transformaciones biológicas, la personalidad del niño sufre alteraciones. Es posible que esas modificaciones no sean perceptibles en el comportamiento de los primeros tiempos.

Los cambios corporales, la aparición de pelos pubianos y axilares, el aumento de la fuerza muscular, la distribución de las grasas, el cambio de la voz, el aumento de volumen de los senos, del pene, de la bolsa escrotal, la primera menstruación, las primeras eyaculaciones, la polución nocturna y la masturbación son los elementos que exteriorizan los cambios internos con sus reflejos en la vida afectivo-emocional del (de la) joven.

A todos los que estén interesados en hacer un estudio detallado sobre los cambios corporales, estructurales y fisiológicos, especialmente en sus aspectos morfo y endocrinológicos, les sugiero la lectura de los libros: *Adolescencia* (Setian, 1979), del cual soy uno de los colaboradores, y *Pubertad y Adolescencia* (Chipkevitch, 1995).

El adolescente, al ser embestido por ese torbellino de transformaciones, se siente extraño. No puede llegar a comprender lo que le está ocurriendo. Los impulsos sexuales y agresivos, que hasta ese momento eran desconocidos, llegan a ser percibidos claramente. La observación de sí mismo, el contacto corporal con un compañero, mismo aunque sea un simple roce físico, le causan sensaciones nuevas, placenteras pero temidas, consideradas prohibidas. El sexo opuesto ahora le despierta interés. Antes eran simples compañeros de juegos, y con la adolescencia ellos se transformaron en colegas de un juego pueril, pero erotizado. Aparecen los chistecitos, cuchicheos, papelitos con mensajes, “las tocadas”, fantasías y los deseos de los primeros flirteos amorosos, los coqueteos.

Los chicos y chicas, a pesar de su timidez, vergüenza y pudor frente a su nuevo cuerpo, pueden enorgullecerse de su fuerza y de su aspecto físico, aunque muchas veces lo hagan en secreto.

Frente a los impulsos sexuales y agresivos, que tienden a ser expresados por medio del accionar, el joven se defiende buscando negar a sí mismo las transformaciones por las que está pasando. Algunas jóvenes llegan a ocultar el hecho de que están menstruando o intentan disimular el volumen de sus senos, los que en este momento empiezan a desarrollarse. Hacen eso, a

menudo, cubriéndose con las carpetas o cuadernos escolares, sin perjuicio de la vanidad y orgullo que sienten de sus cuerpos de mujer. Es un contraste, en esa etapa, la coexistencia de puerilidad con la sensualidad femenina.

Los chicos, todavía por un tiempo permanecerán inclinados a actividades de carácter agresivo, tal como luchas, o se dedicarán a la práctica de deportes. Un poco después, dejarán aparecer sus impulsos sexuales. Pero también los ocultarán, especialmente, cuando atañe a asuntos relacionados con la masturbación. Tienen miedo de que sea algo peligroso, que tenga consecuencias terribles como la pérdida de la virilidad o contraer enfermedades. Esos sentimientos, muchas veces, son exacerbados por los dichos populares.

Así, el chico o la chica viven el comienzo de su adolescencia dominados por un estado de cierta confusión e incoherencia entre lo que les era conocido y familiar cuando eran niños, y los cambios por los que están pasando. Tienen ganas de llegar a la vida adulta, sintiéndose impulsados a eso debido a su fuerza de maduración, pero al mismo tiempo, tienen miedo a lo desconocido que existe dentro de ellos.

De manera progresiva sentirán que maduran sus cuerpos, pero el peso de la cultura y de la sociedad ejercerá sobre ellos la fuerza represiva de la libre expresión y de la experimentación de la genitalidad adulta. Al principio, la sexualidad genital parecerá despreciable y sin gran significado, hasta que descubra al otro sexo, y a la intensa excitación y placer que eso le depara.

ERECCIÓN

La erección peniana ocurre desde bebé, indicando un estado de excitabilidad. Las erecciones espontáneas son mucho más frecuentes en la primera etapa de la adolescencia. Ya sea de naturaleza erótica o no, representan un motivo de angustia para el joven. Frente a la imposibilidad de controlar esos impulsos, él se siente avergonzado y humillado cuando, en una situación cualquiera, por tensión sexual o agresiva, o mismo sin causa aparente, es sorprendido por una erección, haciendo público algo de su privacidad.

Los muchachos realizan, en forma solitaria o en el encuentro con sus amigos, juegos sexuales vinculados con el conocimiento del propio cuerpo, de las sensaciones y placeres que pueden obtener con ellos. En esas

situaciones toman conocimiento real de la dimensión de su propio pene y eso les reasegura la virilidad y su identidad anatómica. Son muy comunes las competencias en relación al tamaño del pene o del alcance del flujo urinario, todo ello como expresión de fuerza y poder.

La erección clitoriana, menos evidente, puede hasta llegar a pasar desapercibida, inicialmente, por la chica. Con la actividad masturbatoria puede tener consciencia de ello. Ella percibe, también, que sus senos son erógenos, que se endurecen y le dan placer al excitarlos sensorialmente.

Sin embargo, se debe resaltar la importancia de las fantasías, principalmente las inconscientes, señaladas por Melanie Klein (1932) como la expresión psíquica de los impulsos, siendo que ellas poseen un profundo vínculo con la vida sexual del individuo. Esas fantasías tiene un carácter masturbatorio en el sentido de que en una primera etapa son autoeróticas y posteriormente permiten el acercamiento del objeto del deseo amoroso.

EYACULACIÓN.

La eyaculación es otro momento que produce expectativa. El joven espera ese momento con mucha ansiedad. Desde una pequeña secreción hasta la eyaculación propiamente dicha, él atraviesa con sumo interés cada etapa de producción de líquido espermático, su cambio de color, su olor, y su consistencia. La eyaculación también representa un nuevo estímulo que lo impulsa a una definición sexual. Ella, junto con la erección y la masturbación le dan al joven un nuevo sentimiento de fuerza y poder. La definición de la sexualidad masculina y la adquisición de la capacidad procreadora tienen una participación fundamental en la organización de la identidad y de toda la personalidad del muchacho.

MENSTRUACIÓN.

Con relación a las muchachas, la menstruación ejerce un papel similar a la eyaculación en los chicos. Las jóvenes aguardan con ansiedad la aparición de dicho fenómeno. Entre los 11 y los 12 años, inclusive antes en algunas regiones de clima tropical, la menstruación aparece y hace pasar a la joven a la sexualidad genital femenina, casi adulta. El hecho de tener hijos podía ser un deseo, pero ahora puede llegar a ser una realidad, por eso se le teme.

Las muchachas que tuvieron una infancia cuya femineidad haya sido desarrollada sin grandes problemas en relación a su identidad femenina y su condición de mujer, aceptarán la menstruación de una manera tranquila y deseada. Sin embargo, la menstruación representa para muchas mujeres algo peligroso, angustiante, desagradable y hasta inclusive, sucio.

La terminología popular denomina a ese período de “regla”, “incómodo”, que no se limita a cuestiones físicas. Muchas jóvenes viven las etapas, premenstrual y menstrual, con sus equivalentes psíquicos, caracterizadas por períodos de intensa agresividad expulsiva. Las culturas son ricas en mitos y tabúes en relación a la menstruación y a la actividad masturbatoria.

Muchas chicas se avergüenzan de su nueva condición, pero no dejan de sentir un orgullo íntimo. Otras, tienen miedo de que, durante su período menstrual, su estado pueda llegar a ser percibido por las personas que las rodean, o que ellas estén exhalando algún olor, y por eso, alteran la espontaneidad de sus actitudes. No es común que el comienzo del fenómeno menstrual sea acompañado de depresión.

Los pensamientos populares antes mencionados ilustran las preocupaciones por las que pasan las jóvenes que llevan consigo un estigma educacional y cultural. Ciertos temores y cuidados que rodean al fenómeno menstrual están relacionados con las fantasías vinculadas a las impurezas del espíritu. Quizás tengan un nexo, en sus orígenes bíblicos, a los miedos provenientes de fantasías masturbatorias o a la relación heterosexual. Esos miedos pueden evocar los sentimientos infantiles vividos como prohibidos y relacionados con el coito, imaginado como algo violento y doloroso (vinculado a la escena primitiva u originaria)².

Es importante destacar el aspecto educacional para ayudar al joven o a la muchacha para que reciba la eyaculación / menstruación, o a ambos en el caso de la masturbación, con total naturalidad y orgullo por estar desarrollándose en vías del mundo adulto.

La falta de orientación conduce a estados de ansiedad, principalmente por la llegada inesperada, tardía o ante la irregularidad del ciclo menstrual. Los miedos aumentan cuando se unen la menstruación y la práctica

² Escena primitiva u originaria: expresión propuesta inicialmente por Freud y desarrollada posteriormente por Melanie Klein para designar a las fantasías infantiles inconscientes vinculadas a la vida sexual de los progenitores, siendo fantasías de contenido sádico. La escena primitiva u originaria expresa la experiencia y la elaboración pulsional.

masturbatoria con sentimiento de culpa. En esas circunstancias, el flujo menstrual, o su irregularidad, pueden adquirir una función de castigo.

He observado que, en la actualidad, los chicos y las chicas conversan entre sí sobre sus nuevas funciones con una naturalidad que no era común en mi adolescencia.

MASTURBACIÓN.

Doy comienzo a este subtema con un lindo trecho de la novela *Las Muchachas*, de la escritora brasileña Lúcia Fagundes Telles, porque expresa con realismo una vivencia juvenil: “(...) La segunda vez también fue en la casa de campo, mientras me bañaba. Fue de casualidad. Me metí en la bañera vacía, me acosté en el fondo y abrí el grifo. El chorro caliente cayó en mi pecho con tanta violencia que me resbalé un poco y le ofrecí la barriga. De la barriga ya aplastada por el agua pasó al vientre y cuando abrí las piernas y él me dio de lleno, sentí al mismo tiempo que susto, la antigua exaltación artística, más fuerte, aunque esta vez no tuviera el piano. Cerré los ojos cuando Felipe cruzó y recruzó mi cuerpo en su moto roja. Felipe, el de la campera negra y moto. Escondí la cara bajo mis manos, queriendo escaparme y al mismo tiempo, pegada por completo al fondo de la bañera con el agua que me subía destemplada, ya casi me cubría por completo, las burbujas estallaban en mi mentón, ¿por qué no saqué el tapón de la bañera? Saciada e insaciada ella (o yo) pedía más, la boca. Me penetró como una catarata, me tapó la nariz, ahora estoy lista, ¡me voy a morir!, pensé y di un bote. Me escapé dando saltos. ¿Eso era el amor? ¿O era la muerte? Los dos son una cosa sola, respondí en un verso. En esa época me dedicaba a escribir versos”. (L.F. Telles, 1973).

La masturbación es un fenómeno psicofisiológico que acompaña al individuo durante su desarrollo. Las manifestaciones autoeróticas del bebé son las primeras actividades masturbatorias en el sentido de alivio de tensión, y por lo tanto, tienen la función de ser reguladoras del equilibrio psíquico. El bebé, cuando se chupa el dedo o al chupete, busca llenar un vacío existente y evocar un estado de satisfacción provocado por la ausencia del objeto gratificador de las pulsiones.

Se sabe que cualquier parte del cuerpo, inclusive la mente, puede ser erotizada y transformada en actividad autoerótica gratificadora. Los objetos de gratificación se originan en las vivencias primitivas, como la evocación

afectiva de las relaciones a partir del contacto con el cuerpo materno, hasta llegar inclusive a situaciones en las que una idea - muchas veces de carácter sádico - es catequizada y alrededor de la cual se permanece "rumiando". Se trata de la denominada "masturbación mental".

En la adolescencia, la masturbación tiene una función madurativa y de desarrollo de nuevas regiones erógenas, llevando al (o a la) joven al placer genital. Ella permite la asociación entre sensaciones, fantasías y la imagen mental del objeto, en cuyo seno se inmiscuyen los residuos de las fantasías primitivas, con sus elaboraciones y distorsiones. Según *Blos* (1961) "El más grande éxito de la masturbación adolescente reside en la elaboración del placer previo".

Por medio de la masturbación, el adolescente realiza juegos y hace correlaciones mentales integrando las representaciones mentales del objeto gratificador. Esa condición es de fundamental importancia para la elaboración del proceso de identificación sexual, y contribuye tanto al desarrollo del yo como a la identificación de los objetos interno y externo, también favoreciendo el trabajo mental de anticipación con vistas al posterior acercamiento del objeto real.

La imaginación del adolescente está poblada de sueños y deseos, algunos maravillosos o terroríficos, conscientes o inconscientes, que culminan en una eclosión orgásmica repleta de sensaciones de placer, pero también de miedo, angustia, culpa, y de sentimientos de inferioridad. Cuando es integrada al desarrollo, el (la) adolescente camina en dirección al descubrimiento de su genitalidad. Favorece el control y la integración de nuevos impulsos. Ella contribuye en la elaboración de las nuevas relaciones interpersonales y heterosexuales que están siendo experimentadas por los jóvenes. La masturbación tiene también la función de una actividad preparatoria para las relaciones heterosexuales activas. A los impulsos sexuales, muchas veces, se les suman los impulsos agresivos, mezclándose de una manera tal que la masturbación puede estar destituida de un carácter afectivo amoroso, siendo la vía de escape de la agresividad. Hay veces en las que la actividad masturbatoria funciona como una válvula de escape frente a las situaciones conflictivas. Por ejemplo, en casos de enfrentamientos con los padres o fracasos escolares, la masturbación puede constituirse en una búsqueda de placer inmediato, compensadora de frustraciones.

Además, puede llegar a liberar impulsos perversos, homosexuales, sádicos o masoquistas. La masturbación, en esta etapa de la vida, es por

consiguiente, algo normal y necesario para el desarrollo de la sexualidad genital y para la integración de nuevas emociones y sentimientos que surjan en la personalidad que entonces, llega a madurar.

Sin embargo, la práctica masturbatoria compulsiva o su ausencia pueden expresar bloqueos en el desarrollo. Su ausencia o exceso indicarán algún desvío en el desarrollo emocional del joven. Su fijación o la masturbación compulsiva pueden estar vinculadas a conflictos en relación con la figura autoritaria, como una subversión frente a ella, desvíos educacionales, situaciones depresivas o de carencia afectiva, como también sentimientos de abandono.

Podemos decir que la masturbación en la adolescencia está compuesta por dos etapas. En la primera, el objeto es el propio individuo que se involucra emocionalmente con sus genitales y revela el carácter narcisista de la relación. En la segunda etapa, la actividad masturbatoria contiene relaciones y fantasías con la imagen del otro.

La masturbación en la adolescencia disfruta intensamente del espacio transicional cuando éste se encuentra satisfactoriamente constituido. En ese espacio virtual, siguiendo el concepto de Winnicott (1971), en el cual el objeto transicional no es solamente real y concreto, tampoco es solamente imaginario y fantasioso, el adolescente desarrolla una actividad lúdica con su cuerpo, con el objeto de su imaginario y sus fantasías gratificantes. Es por medio de esas relaciones que el adolescente vive consigo mismo y con los objetos de su fantasía que podrá hacer las integraciones necesarias entre sensación, afecto y acción en el nivel del yo.

Por un lado, como acercamiento del objeto amoroso real y concreto y por el otro, por medio de sublimaciones que se hacen necesarias para la adaptación a la realidad de la vida civilizada.

A menudo la actividad masturbatoria es seguida por angustias originadas tanto por los residuos de fantasías primitivas, sádicas, omnipotentes y nirvánicas en relación a las figuras parentales, como por fantasías en relación al objeto real actual.

Los padres se sienten muy perturbados por la actividad masturbatoria de los hijos, visto que desencadena evocaciones de sus conflictos que no fueron resueltos satisfactoriamente. Representa también, un ataque a la

autoridad y a la ley parental, motivos que pueden llevar a los padres a asumir actitudes represoras.

Por otra parte, la ausencia total de represión (entiéndase como ausencia de límites) puede llevar al joven a permanecer en la ilusión de un estado nirvánico interminable, y consecuentemente, de esterilidad mental. Por lo tanto, la represión pasa a ser, en cierta medida, un mecanismo necesario y esencial para la existencia de la cultura. Es dentro de ese punto de vista que la masturbación también sufre los efectos de la represión. Muchos drogadictos buscan, en su relación con las drogas, el mantenimiento de un estado simbiótico ilusorio, la preservación de una relación idealizada con el seno materno. La masturbación puede, bajo ciertas circunstancias, ocupar una función semejante, con la consecuente fijación o compulsión a un estado masturbatorio físico o psíquico.

En esas circunstancias, la actividad masturbatoria física o psíquica se convierte en una defensa contra la frustración. La frustración es una condición inherente a la realidad, debido a la desilusión que la acompaña. De ese modo, el comportamiento masturbatorio puede ser, por ejemplo, una defensa contra la pérdida de la bisexualidad infantil frente a la heterosexualidad, o una defensa contra los miedos motivados por las fantasías homosexuales.

Las catexias narcisistas, intensas y prolongadas, bloquean la ampliación del campo existencial. Ellas dificultan el establecimiento de las relaciones cuyo enriquecimiento proviene del intercambio de experiencias afectivas.

La situación empeora cuando las manifestaciones autoeróticas de la infancia fueron reprimidas o castigadas de una manera tal que, ahora, se complican con los conflictos actuales. Los sentimientos de culpa no son el resultado, apenas, de las intervenciones externas tales como errores educativos o represión parental. Es algo inherente a la vida interior, -vinculado al narcisismo, el ideal del yo, a los mecanismos de defensa del yo, a la historia personal-, en la cual se incluyen los conflictos edípicos.

El adolescente, frente a la actividad masturbatoria, puede revivir de manera inconsciente, en la actualidad, los residuos de sus conflictos infantiles producto de las cuestiones educativas, relacionales y conflictivas entre sus estructuras psíquicas, llevándolo a sentimientos de culpa, autocastigo y de

inferioridad. Blos (1969) dice que “la masturbación asume rasgos patológicos cuando consolida regresivamente las fijaciones infantiles”.

Muchos jóvenes interpretan a la masturbación como algo sucio, pecaminoso, que les provocará enfermedades físicas o debilidad mental. Las chicas pueden sentirse indignas, o inclusive prostitutas, por la práctica o el deseo masturbatorios. Las características de cómo la joven encara a la masturbación dependen del sistema educacional que haya recibido, de los vínculos establecidos con los padres y de los conocimientos que posea al respecto del desarrollo psicosexual.

El conflicto que se da es consecuencia del enfrentamiento entre el superyó, la sexualidad infantil y las necesidades actuales.

Tiba (1985), en su libro *Pubertad y Adolescencia*, enumera varios tabúes y mitos existentes en relación a la sexualidad adolescente:

- Vinculados con la masturbación entre los muchachos: provoca granos, acné, desarrolla el pene, crecimiento del pecho, acelera el crecimiento de los pelos, provoca eyaculación precoz, perjudica la capacidad del cerebro, provoca debilidad y ojeras, hace crecer pelos en las palmas de las manos. Con relación a las chicas: es pecado, puede desvirgar, es anormal;
- Si en las primeras relaciones heterosexuales, el o la adolescente fallan, indefectiblemente se harán homosexuales.
- Por medio del tamaño de la mano se puede saber la longitud del pene; por el tamaño de la boca se puede saber el tamaño del genital femenino.
- En la primera relación sexual la mujer no queda embarazada si se realiza el acto rápidamente, si ella no se mueve, etc.

De esa manera podemos ver que la colaboración o el prejuicio para el desarrollo psicosexual del adolescente, depende de las fantasías con que él o ella alimentan los actos o las ideas masturbatorias.

La masturbación puede estar integrada al yo como elemento propulsor del desarrollo o como defensa, como objeto narcisista y/o como objeto intermediario para alcanzar las relaciones heterosexuales, y de intercambio con el objeto real amoroso.

El hecho de enamorarse se convierte en un elemento importante ya que favorece el abandono de la masturbación por medio de la posibilidad de unión

de las funciones erótica y amorosa, de los sentimientos positivos y negativos vinculados con el objeto de real gratificación. Objeto ése, con el cual se puede establecer una relación profunda y provechosa, física y afectiva.

Usando las palabras de Erlich, “el enamoramiento es monogámico. La señal segura e inconfundible del amor es la apreciación de la *especificidad* y *unicidad* de la otra persona”. El estar enamorado se diferencia de la pasión, en la que el individuo es “arrebatao por lo inaprehensible, y su acción -cualquiera que sea- será siempre pasiva, porque no es el sujeto el que la domina”.

Los caminos seguidos por la masturbación son diferentes en el muchacho y en la chica. La muchacha se involucra más directa e intensamente en la relación con su pareja y así, crea más rápidamente las condiciones para la vida sexual activa. Gracias a la rivalidad vivida en la relación con la madre, la chica se aleja de ella y busca afecto en su pareja. La resolución edípica parece ser más directa. El muchacho tuvo como primer objeto amoroso a la madre. Necesita deshacerse de esa relación, sublimarla, identificarse sexualmente y encontrar a un nuevo objeto amoroso. En ese proceso sinuoso, la masturbación es un elemento de transición más prolongado que en las mujeres. Pero todo eso es muy dinámico y propio de cada relación, pudiéndose cometer errores al generalizar.

EL ADOLESCENTE Y SU RELACIÓN CON EL CUERPO.

¿Usted se imagina lo que es despertarse todos los días, mirarse al espejo y encontrarse con un hombre frente a uno?! (Ricardo, 16 años)

Para el adolescente las alteraciones corporales adquieren una importancia fundamental en el medio de las transformaciones hormonales, funcionales, afectivas y sociales. Es por medio del cuerpo que el joven puede percibir y expresar los cambios que está viviendo.

A medida que el cuerpo va tomando una nueva configuración, la imagen mental que el adolescente tiene de sí, se va modificando. Pero, la velocidad con que ocurren los cambios físicos difiere de la relativa a las transformaciones de la imagen corporal. Existe el crecimiento de peso y estatura, el desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios, la fuerza muscular (que prácticamente se duplica).

En un período relativamente corto, comparado con la duración del proceso de adolescencia, el cuerpo adulto estará formado. El o la joven, permanece durante mucho tiempo frente al espejo, examinándose. Será la barba que estará creciendo, o los músculos que se desarrollan. Será el acné que aparecerá, los senos que crecen o el pene que tiene mayor longitud.

Unos, se sienten demasiado gordos o delgados, otros se sienten extraños en relación a la estatura o a sus nuevos rasgos. La sensación de desproporcionalidad es relativamente frecuente. Un chico de 16 años, cuyo crecimiento estatural fue abrupto, llegando a 1,75 m durante el período denominado del “estirón”, me dijo un día: “No me gusto, me siento un monstruo arriba de estas piernas de palo”.

En casos más complicados, el fenómeno nos hace recordar un síntoma que se encuentra fácilmente en la esquizofrenia, la esquizomorfia (el sentimiento de no poder llegar a reconocerse). El adolescente vive intensamente supuestas desproporciones, o con la sensación de extrañeza en lo que respecta a su relación con su propio cuerpo. Se siente diferente, raro frente a su imagen. Ese fenómeno, aunque normal entre los jóvenes, puede merecer una observación más atenta porque puede llegar a ser el anuncio preambular de una organización psicótica.

Una joven de 17 años, físicamente bien desarrollada, se negaba a usar gafas. Alegaba ser naturalista y atribuía tal actitud negativista a la defensa de sus principios ideológicos. Todo indicaba que usaba la capacidad de racionalización ante la necesidad de preservar la imagen mental idealizada de sí misma.

La imagen corporal es algo subjetivo y dependiente de múltiples aspectos: emocional, funcional, y características sociológicas. Un joven imberbe, en una comunidad en la que habitualmente se usa barba, tiene que sentirse diferente. La pilosidad de las piernas y axilas puede ser un problema para las muchachas en determinada comunidad, y ser un factor indiferente en otras culturas.

Lo mismo se podría decir en relación al concepto actual de belleza femenina: lo ideal en cuanto al peso de la persona, como parámetro de belleza femenina, en la época de la pintura renacentista (me refiero a las gorditas) le choca a cualquier modelo de la actualidad.

A pesar de que nuestra cultura se propone ser más liberal y receptiva en relación a los diferentes tipos de personas, ella se ha mostrado exigente en cuanto a los parámetros de estética corporal.

Se llega a la conclusión que, a menudo, la imagen corporal no refleja de manera especular a la imagen real. La imagen corporal idealizada se enfrenta a la imagen corporal vivida, la que puede no llegar a corresponder a la realidad objetiva en virtud de las fantasías y distorsiones que interfieren en la percepción de la persona.

El adolescente es muy sensible a su imagen corporal por eso reacciona manifestando ansiedad y frustración cuando ella no adecua a su imagen idealizada. Eso sucede, por ejemplo, ante el exceso de peso, la aparición de acné, pilosidad acentuada, necesidad de uso de gafas, etc.

Todas esas circunstancias pueden ser vividas por él (ella) como factores que lo/a desvaloran y que contribuyen para desembocar en un estado depresivo. Probablemente, el estado depresivo ya existe en virtud de las pérdidas inherentes al proceso adolescente, pero se materializa por medio del rechazo que el joven hace de sí mismo.

Por otra parte, las transformaciones corporales hacen que el joven se asemeje al adulto. La fuerza del muchacho aumenta; el cuerpo y las funciones - tal como la capacidad reproductora- son parecidas a los del adulto. Se amplía el campo de interés del joven. Su inteligencia está apta para realizar operaciones superiores de manera tal que las diferencias entre el adolescente y sus padres empiezan a disminuir. Esa semejanza de potenciales y de funciones, junto con las fantasías eróticas, amorosas y agresivas, constituyen un elemento perturbador que debe ser contemporizado por el yo, dejando al adolescente temporariamente confundido en relación a sí mismo.

El adolescente vive sus primeras emociones sexuales en su propio ambiente familiar. Se sorprende ante sus reacciones a partir de juegos erotizados que realiza con sus hermanos, primos, o amigos íntimos. Se siente excitado al tocar las ropas íntimas de los padres o de los hermanos del sexo opuesto. Esos sentimientos, cargados de placer, de curiosidad, ansiedad, culpa y vergüenza, se manifiestan en su comportamiento, el que puede llegar a un estado de inhibición o retracción. Poco a poco, el joven incorpora los cambios y maneja sus sentimientos afectivos y experiencias sexuales fuera del

núcleo familiar. Ello repercute en toda su personalidad, especialmente en lo que se refiere al proceso de identificación.

EL DESARROLLO COGNITIVO DEL ADOLESCENTE.

El niño en edad escolar, entre los 7 y 10 años, presenta una inteligencia de tipo lógico-concreto. Eso significa que él es capaz de resolver problemas como: establecer relaciones, clasificar y comparar. Todo eso siempre que tenga la posibilidad de realizarlos de manera objetiva.

La vida cognitiva del adolescente también sufre cambios por el hecho de acompañar al proceso de transformaciones somáticas, afectivas y sociales. La inteligencia evoluciona del nivel concreto al formal, caracterizado por el pensamiento hipotético-deductivo. En esa etapa, el joven es capaz de razonar estableciendo relaciones combinatorias independientemente de los elementos perceptibles y manipuleables. Esa capacidad le permite ampliar el campo de conocimientos y participa en el proceso de identificaciones.

La inteligencia formal es la cumbre de la evolución intelectual. Ella da coherencia interna al proceso de pensamiento, crea la posibilidad de un raciocinio pautado en hipótesis y en la reversibilidad dialéctica de las proposiciones. Le agrega al mundo mental la posibilidad de pensar independientemente del apoyo ofrecido por la vida sensorial.

Las repercusiones de esa aptitud se pueden observar en su comportamiento. Al joven le gusta preguntar, cuestionar e investigar. Tiene dudas y también desconfía. Hace, con su pensamiento, una especie de juego en el que las hipótesis e ideas le permiten desvendar un mundo nuevo, externo y, especialmente, el propio mundo interno. Él amplía su bagaje cultural y tiene interés en las cuestiones sociales, políticas, ideológicas, económicas y de arte. Se pregunta sobre el significado y sentido de la vida, del sexo y del amor mientras busca encontrar su autenticidad, autonomía y emancipación.

El pensamiento del adolescente, ahora, se parece mucho al del adulto, salvo en su carencia de experiencia emocional y funcional, perceptible por medio de la subjetividad, falta de sistematización y, a veces, de juicio crítico.

El joven compensa sus deficiencias apegándose, de manera vehemente, a sus ideas, hasta con un cierto grado de fanatismo, sin darse cuenta de que sus convicciones pueden ser más por autoafirmación de que por auténtico posicionamiento. De esa manera, la inteligencia abstracta le permite hacer tentativas y experiencias en busca de sus verdaderas características y valores.

Es el comienzo de la vida introspectiva. De a poco, él va buceando en la esencia de su ser para buscar sus propias verdades. Es muy frecuente que, en ese camino, prevalezca la emoción a la razón.

La evolución de la inteligencia a un nivel superior da cualidades fundamentales a la organización de la personalidad. Sin embargo, no son todos los adolescentes que tienen la oportunidad de llegar a tal nivel de evolución.

La población de bajo nivel socioeconómico y cultural no tiene las mismas oportunidades para realizar el paso del raciocinio concreto al hipotético-deductivo. Las perturbaciones prematuras de los vínculos iniciales afectan a la formación y al desarrollo de la vida cognitiva y simbólica. El espacio lúdico, transicional, no se establece o si llega a ocurrir, lo hace de manera incipiente.

El niño víctima de la miseria o del abandono es imposible que pueda distinguir con eficiencia el campo real del imaginario. El miedo a la muerte y la cercanía de ella se confunden. El temor a ser abandonado y el abandono se igualan como cualidades psíquicas. No hay mejor ejemplo de eso que lo observamos en los jóvenes de villas de emergencia, destruidos por la miseria, el hambre y el abandono, cuya vida mental (cognitiva, afectiva y connotativa) está casi irremediabilmente afectada.

Winnicott y Bion, entre otros, contribuyen para que podamos entender cómo las perturbaciones en el desarrollo de los estados iniciales de la mente interfieren en la organización del espacio transicional, espacio virtual en el cual se desarrollará la cultura, y en el proceso del pensamiento y sus desvíos. Muchos de aquellos jóvenes no llegarán al pensamiento conceptual, filosófico-matemático; estarán mucho más cerca del pensamiento primitivo, sensorial. A mi manera de ver, ésta es una forma de violencia social. Este tema será abordado, con más profundidad, en el capítulo 3.

Vale la pena recordar que las emociones actúan sobre la vida cognitiva y viceversa. De esa manera, la ansiedad excesiva puede ser un factor bloqueador de las aptitudes intelectuales. Los bloqueos emocionales vinculados con la inhibición sexual y con la curiosidad infantil pueden afectar la búsqueda de conocimientos, con las consecuentes repercusiones sobre la vida cognitiva.

La inteligencia formal participa de manera activa en el proceso de elaboración de la crisis de la adolescencia, llevando elementos que van a integrar las operaciones que interfieren en la vida afectiva.

En esa etapa de transición en dirección a la vida adulta, el mundo afectivo del joven está dominado por la impulsividad sexual y agresiva. Su aparato psíquico es relativamente frágil para contener tal carga y adecuar los impulsos a las condiciones ambientales, principalmente en las sociedades en que tales impulsos son fuertemente reprimidos. Para defenderse de esos impulsos, vividos como peligrosos, parte de la energía psíquica es destinada a otros intereses. Para esa tarea, el yo utiliza los mecanismos de defensa, tales como la racionalización o la intelectualización, entre otros.

Cuando los mecanismos de defensa no funcionan eficientemente, el joven tiende a reaccionar de manera impulsiva, disminuyendo su participación, o inclusive quedándose sin ella, en relación a la capacidad de pensar en forma crítica, analítica. Empieza a separar mal o con mucha dificultad lo real de lo imaginario, lo subjetivo de lo objetivo, dándole al comportamiento un aspecto funcional patológico. En esos conflictos, entre las fuerzas impulsivas, el sistema normativo-censor y el coordinador-adaptativo, puede haber un gasto o un desvío de energía de manera tal que llegue a inhibir la libre expresión intelectual del adolescente, bajando su rendimiento cognitivo.

LA CRISIS NORMAL DE LA ADOLESCENCIA.

Durante la infancia, el niño se encuentra en una situación de dependencia, en la cual los padres saben lo que es bueno y lo que es malo, lo que puede o no puede. Los caminos que él transitará, le serán indicados por los padres. El sentido de responsabilidad está en pleno desarrollo, y el niño cuenta con el apoyo y la protección de sus progenitores en las decisiones y respectivas consecuencias.

Su autonomía está en relación directa con sus posibilidades personales y dependerá del permiso dado por los padres. El niño percibe que, de sus transformaciones corporales, el peso y la altura están aumentando. Él se compara a los padres y desea fervientemente alcanzarlos. Está habituado a su cuerpecito que lentamente va evolucionando. Llega a la pubertad, y con ella aparece un torbellino de transformaciones incontrolables e involuntarias que lo impulsan hacia la madurez. El chico se ve en la situación irremediable de perder su condición y los privilegios infantiles para poder obtener, en toda su plenitud, el estado adulto.

Aberastury y Knobel hacen una lista de “duelos”, pérdidas, o sea: los aspectos infantiles de los que los jóvenes necesitan deshacerse en su camino hacia la madurez:

a) Duelo por el cuerpo infantil que se perdió: el cuerpo se transforma, adquiere una nueva configuración a consecuencia de la revolución pubescente incontrolable e independientemente de su voluntad. El joven se siente impotente frente al poder de los cambios que sufre y, al mismo tiempo, deseoso de que ellos lleguen;

b) Duelo por el papel e identidad infantiles: el chico vive sentimientos de pérdida de los privilegios y de la condición de niño, los que darán lugar a nuevos aspectos, cuyas bases están en los impulsos sexuales y agresivos. Ambiciona la perspectiva de lograr la vida adulta debido a los privilegios y placeres que implica, pero también es temida por la cantidad de responsabilidades que deberá asumir, ignorando cuáles serán.

c) Duelo por los padres de la infancia: el joven busca retener a los padres de la infancia en su personalidad. Ellos le sirven de refugio y protección frente al miedo a lo desconocido que él siente y que comienza a aflorar en su pensamiento. El adolescente va descubriendo que sus deseos e ideas no concuerdan con los de sus padres; siente remordimiento en asumirlos debido al miedo a las consecuencias: entre ellas, la pérdida de los padres de la infancia;

d) Duelo por la bisexualidad infantil: la bisexualidad, noción que Freud introdujo en el psicoanálisis, siendo influido por Fliess, consiste en el hecho de que todo ser humano posee constitucionalmente potenciales sexuales tanto masculinos como femeninos, independientemente del sexo anatómico. Ellos

entran en conflicto cuando llega el proceso de definición de la identidad sexual, según los autores Laplanche y Pontalis (1981)

Aberastury y Knobel (1971) muestran que ese conflicto es inherente al proceso de identificación del adolescente, en el cual se evidencian los aspectos femeninos en el chico y masculinos en la chica, como un proceso de fluctuación y de aprendizaje de ambos papeles. Con el desarrollo del cuerpo, de los caracteres sexuales secundarios, de la aparición de la primera menstruación y de las primeras eyaculaciones, la definición de la sexualidad adulta se impone a la bisexualidad.

El joven revive las experiencias pasadas durante el conflicto edípico de la adolescencia. Lo que ocurre es que, en la actualidad, la energía impulsiva, sexual y agresiva es intensa. Al mismo tiempo, el yo se muestra insuficiente para contener a esos impulsos y utiliza los mecanismos de defensa. El sistema censor refuerza sus mecanismos frente a la aparición de fantasías agresivas y eróticas con relación a los progenitores del sexo opuesto. El desarrollo corporal y la sexualidad genital evolucionan hasta llegar muy cerca de que se concreten, en lo real, las fantasías edípicas del adolescente. Él vive esa situación de manera angustiante y temerosa.

Se tiene conocimiento de que los primeros modelos relacionales interpersonales y heterosexuales son establecidos con los padres durante la infancia, y que en la época de la adolescencia ellos son evocados. Cuando hay una solución satisfactoria del conflicto edípico en la infancia, mayores serán las oportunidades de una mejor aceptación de su identidad sexual y la interdicción frente a los deseos incestuosos. Los jóvenes se sentirán más aptos para establecer un relacionamiento heterosexual satisfactorio y menos angustiante.

Por otro lado, los jóvenes que tuvieron en su infancia un contacto muy erotizado con sus padres, o al contrario, cuya sexualidad infantil haya sido muy reprimida, en la adolescencia ellos pueden sufrir una intensa angustia e inhibición cuando se relacionen con otros jóvenes, principalmente del sexo opuesto.

El revivir inconscientemente la situación edípica los deja completamente confundidos. Surgen las angustias de persecución, llenas de remordimiento, de culpa, con crisis depresivas y actitudes de autocastigo por los miedos despertados por esas fantasías.

El yo, para defenderse de esos sentimientos, se arma con mecanismos de defensa maníacos tales como negación, omnipotencia, idealización y ataque al objeto bueno (ataque a los padres).

Aquí surge lo que Kalina (1976) denominó como “duelo por la endogamia”, o sea, el joven ante el tabú del incesto desvía sus intereses sexuales hacia otras figuras sustitutas. La superación de esa pérdida le permite la entrada en el mundo de los adultos por medio de relaciones afectivas fuera del núcleo familiar (exogamia).

En ese proceso evolutivo hay tanto una desestructuración como una reorganización estructural de la personalidad y de la identidad, en dirección a la personalidad adulta. Los momentos de inestabilidad, tan característicos de esa etapa de la vida, van disminuyendo a medida que el joven encuentra una mayor claridad y se acepta, elaborando sus pérdidas, y también al sentirse admitido y tolerado en el medio en que vive.

Durante los movimientos en que se da la reestructuración de la personalidad, el joven -para autoafirmarse-, agrede y desvaloriza a sus padres. Eso no significa que ya no los quiera más, al contrario, necesita el cariño y el interés de ellos, por medio del sentimiento de confianza, y también precisa la supervisión a la distancia que los padres ejercen. Pero, es de esa manera que hace saber el “asesinato inconsciente” de los padres de la infancia que lleva consigo mismo. La agresión, rebeldía, las reivindicaciones intrafamiliares son formas de manifestar ese fenómeno psíquico propio de los adolescentes. Es el mismo instrumento que también usa contra la sociedad, la que representa el papel controlador ejercido por los padres.

En ese conflicto, el joven tiene necesidad de nuevos modelos de identificación. Artistas, pensadores, religiosos, profesores, líderes políticos, deportistas o sus propios compañeros de clase son elementos, a partir de los cuales el joven desea encontrar a sus nuevos y propios valores y características. Hay muchas imitaciones, tentativas, ensayos y errores. Sin embargo, es por ese medio que el joven podrá encontrarse y construirse. En esa búsqueda de modelos identificatorios, el muchacho intenta acercarse a sus “ídolos”, los que por lo general solamente están accesibles en el mundo imaginario de los sueños. Pero el adolescente vive ese hecho como muy cercano a sí, en sus ilusiones y sentimientos.

El muchacho, en parte, tiene miedo de acercarse a un adulto, en el mundo real, porque piensa que puede llegar a perder su individualidad. Él busca algo diferente en sus modelos. Todo lo que es representativo de los modelos parentales es degradado, aunque más no sea temporariamente, como valor personal.

Durante esa etapa de búsqueda, se crean los grupos de jóvenes, las barras, donde lo que existe en común es que todos están buscando algo. En realidad, están buscándose a sí mismos. En las barras hay uniformidad. Se visten de manera semejante, usan el mismo vocabulario para expresarse, fuman, toman o llegan a hacer uso de alguna droga, generalmente la marihuana. Otros, se reúnen para ejercer actividades culturales o sociales. Dentro del grupo, todos se parecen entre sí, y eso les da tranquilidad. Uno es modelo para el otro. Sufren el mismo tipo de angustia, y en la indefinición se encuentran. Cada uno está en busca de sí mismo y el grupo como unidad existe en ese sentido. El encuentro tiene como objetivo, antes de nada, exteriorizar los propios pensamientos y enfrentarlos con los demás.

El adolescente se siente muy solo sin los padres externos que él ataca, y sin los padres de la infancia, que él está destruyendo. Es en ese sentimiento de soledad que el joven se ve a sí mismo. El grupo, en esos momentos, funciona como un protector y reasegurador ante las angustias y miedos. Se convierte, en última instancia, en un sustituto parental en el sentido de ejercer las funciones de continente frente a los anhelos, temores y las nuevas experiencias.

Dentro del grupo, el joven puede dar rienda suelta a los impulsos sexuales y agresivos, y también expandir su horizonte intelectual y social. Éste incluso puede llegar a representar un instrumento intermediario por el cual el joven llegará a su individuación. De esa manera, el adolescente se siente protegido del miedo de una eventual agresión de los mundos interno y externo.

Los sentimientos de persecución están muy aguzados en esa época, y por medio del grupo el muchacho podrá elaborarlos de una manera más fácil. El joven expresa su estado conflictivo por medio de su comportamiento, de su actuación. Él se muestra susceptible, y también sus mecanismos defensivos se intensifican debido al poderío de la impulsividad sexual y agresiva, de las represiones del superyó, y de las violencias y contradicciones del mundo interno y externo que lo amenazan. Sus actitudes tienen tendencia a ser

impulsivas y se exacerban con facilidad cuando llegan a tener una connotación psicótica o psicopática. Esos comportamientos pueden llegar a causar grandes preocupaciones en su familia y en la comunidad en que vive.

Puede hacerse necesario un diagnóstico diferencial entre la crisis normal de la adolescencia y los cuadros psicóticos o psicopáticos. Eso necesita mucho más tiempo de observación del adolescente para evaluar el cuadro, su constancia, movilidad, y deben considerarse las características del desarrollo evolutivo, los antecedentes personales y familiares, biológicos, relacionales, como también la situación socioeconómica y cultural.

A medida que el joven se aleja de sus padres de la infancia, los valores que lleva consigo son actualizados y/o sustituidos. El desarrollo intelectual llegó, prácticamente, a su máximo nivel de expansión junto con el campo de interés y la vida social y cultural.

En ese momento aparecen los ideales y con ellos, el idealismo. Éste se refleja en el interés por las causas sociales, políticas, económicas, estudiantiles, religiosas o amorosas. Participa en movimientos juveniles o hace parte de grupos de encuentro. El joven vive esos momentos con intenso apego llegando a un cierto fanatismo. Eso no significa que ésta sea su verdad definitiva, porque podrá abandonarla con el mismo ímpetu con que la inició.

Las oscilaciones serán menores a medida que las pérdidas sean elaboradas y se asimilen las experiencias. El adolescente invierte de lleno en todo lo que él hace y no acepta falsedades porque está en búsqueda de su auténtico yo.

Su apego por los ideales propios, además de representar aspectos de su motivación intelectual, puede tener una función substitutiva o atenuante de los temores que se originaron por sus impulsos sexuales. Por ejemplo, los miedos que son producto de un vínculo amoroso, cuya progresión es vivida como amenazadora. Él puede apegarse a objetos asexuados para ayudarlo a dominar esos impulsos.

El joven se entrega por completo en sus vínculos amorosos. Su compañero(a) es idealizado(a) y perfecto(a). Es la pasión juvenil que lo inunda y le ciega la capacidad perceptiva, de análisis, de crítica y pensamiento.

El muchacho, por medio de cuestionamientos y quejas, exterioriza los conflictos de valores y de autonomía que lleva dentro de sí. Algunos manifiestan ese enfrentamiento haciendo uso de agresiones pasivas a los hábitos y valores tradicionales de la sociedad.

Los jóvenes pueden dejarse crecer la barba y usar el pelo largo, o lo cortan de una manera extravagante, lo tiñen, o usan pendientes. Las chicas usan ropas provocativas o pelos desaliñados. Ambos pueden usar ropas exageradas o darle poca importancia al aseo corporal, o al contrario, demostrar una exagerada vanidad. Eso se puede observar en los grupos de *hippies*, *playboys*, *punks*, *funks*, etc. los que varían según la época.

En los hábitos y las costumbres, en algunos grupos de jóvenes, la diferenciación entre lo femenino y lo masculino se ha hecho atenuada debido a la semejanza en la manera de vestirse y de comportarse. Son reveladoras de libertad e igualdad, pero también contribuye para mantener un cierto estado de confusión cuando se busca la identidad sexual.

Una adolescente de 13 años me contó que oía únicamente una determinada emisora de radio porque las demás eran demasiado formales y anticuadas. Le pregunté si ella, en caso de que las mismas canciones fueran pasadas en otra emisora, cambiaría de radio. Su respuesta fue un tajante no. Como argumento me dijo que nadie en su grupo lo hacía, por lo que sería ridícula si ella hiciera eso. Más adelante, ella me contó que ésa era la única estación de radio que sus padres nunca escuchaban. Podría pensarse que uno de los objetivos inconscientes era hacer algo que la diferenciara de sus padres, quizás como una forma de rebeldía o de agresión al *status quo*. De esa manera expresaba su oposición a lo “viejo” (en doble sentido), a los padres de la infancia y a los padres reales.

Para la mayoría de los jóvenes la noción del tiempo se encuentra trastrocada. Para algunos, el único tiempo que existe es el presente, el momento, sin ninguna perspectiva. Ellos niegan el pasado, y al futuro inmediato lo sienten como demasiado lejano. Pero, el futuro distante les puede parecer inmediato. Esas oscilaciones temporales son constantes y dependen de su motivación o su estado de ánimo.

Hay etapas en las que el joven se refugia en la soledad, se aísla de todo el mundo aunque esté entre sus amigos o en presencia de muchas personas. Vive el mundo de la imaginación, donde todo puede ser controlado según sus

propios deseos y fantasías. El pasado, presente y futuro pueden estar aglutinados y discriminarse en su pensamiento, evidenciando el subjetivismo y la omnipotencia de sus sentimientos. Lo mismo puede hacer con el fracaso, en una alternancia que llega a sorprender no sólo a él sino también a los que lo rodean.

Un muchacho de 18 años me contó que, en sus vacaciones en el exterior, había conocido a una chica en un país que quedaba lejísimo. Me dijo que había pasado unos días fantásticos, de intenso romanticismo. Debido a la diferencia de idiomas, ambos se habían comunicado de manera no verbal.

El muchacho, cuando volvió de las vacaciones, se sentía extraño. Pasaba las horas encerrado en su dormitorio. El rendimiento escolar había decaído muchísimo. Se alimentaba con lo mínimo indispensable. Se alejó de sus viejos compañeros. En los pocos momentos que conversaba con sus padres les manifestaba el ferviente deseo de llegar a deshacerse de todas sus pertenencias, abandonar los estudios, dejar a la familia e irse a buscar a la joven encantadora que tenía en aquel país. Hacía planes y planes para conseguirlo, pero en la práctica nada cambiaba, se dedicaba únicamente a soñar. Se perjudicó su noción de la realidad y no sabía separar las emociones vividas en esa situación circunstancial y la realidad que estaba viviendo. Sin embargo, el enfrentamiento con la realidad, cruel y dura, contribuyó para que, poco a poco, él se fuera adaptando a las circunstancias de la vida que normalmente tenía.

Desde el punto de vista de la comunidad, la sociedad también se modifica. Ella asimila nuevos modelos de comportamiento y de posiciones defendidas por la juventud, de manera tal que progresivamente, ocurren integraciones y adaptaciones entre el joven y la sociedad, posibilitando las transformaciones que caracterizan a la evolución.

Muchas familias, y la sociedad de manera general, toleran y aceptan con dificultad esos cambios progresistas y reaccionan de forma represiva y punitiva. Se establece una lucha en la cual se destaca el miedo a perder la autoridad. Ese conflicto que ocurre socialmente es similar al que ocurre entre los padres e hijos, cuando los primeros no aceptan la marcha de sus hijos en dirección a la independencia y tienen miedo de perder su posición o su imagen de autoridad frente a sí y a la familia.

Las actitudes represivas únicamente sirven para exaltar posiciones radicales de ambos lados, perjudicando la posibilidad de llegar al diálogo. No solamente los jóvenes le tienen miedo a su genitalidad adulta. Los padres también le tienen miedo a la genitalidad de sus hijos. El muchacho, en ese momento, se encuentra en una posición casi de igualdad con la única diferencia que le falta experiencia. Muchos padres sienten envidia de la condición de sus hijos y no soportan esa situación. Es muy probable que los padres revivan inconscientemente sus propios conflictos de la adolescencia. Por otra parte, los padres pasan por estados de duelo, ya que pierden a su hijo-niño y necesitan encarar ese hecho de otra forma.

La independencia de los hijos, a su vez, representa el envejecimiento de los padres y la inminencia de la muerte se hace más cercana y temida. De esa manera, aunque los padres deseen el crecimiento de sus hijos, ellos necesitan -quizás inconscientemente- mantenerlos niños, al servicio de sus propias necesidades.

Con el crecimiento y la maduración del joven, la sociedad pasa a esperar y a exigirle una serie de obligaciones y responsabilidades que contribuirán para que el muchacho pueda inserirse en la realidad y defina su papel dentro de la comunidad.

En esa época, la mayoría de los jóvenes estará entrando a una facultad o ingresando en el mercado de trabajo. Ahora, al existir un alejamiento real de los padres, aumentan las posibilidades de independencia del muchacho. Muchos van a trabajar o estudiar a otras ciudades, o en las vacaciones viajan con sus amigos. Empiezan a hacer planes propios e independientes de los papás.

Los que poseen cierta independencia económica van más allá en su autonomía y como están dentro de una sociedad de consumo, forman la denominada “juventud shopping”. Son los jóvenes que se limitan a frecuentar los centros comerciales y las únicas preocupaciones que tienen son al respecto de la apariencia física, exhibicionismo, o matar el tiempo, todo con una gran pobreza de contenido.

Les sugiero a todos los que se benefician con ese tipo de juventud que también ayuden a formarlos, que no vean solamente sus intereses en cuanto al consumo, sino que asuman la responsabilidad de contribuir para la construcción de ciudadanos cultos y útiles a la sociedad.

Tal como hemos visto, las características de ese camino en dirección a la independencia dependen del nivel socioeconómico y de las prerrogativas que definen el estado adulto de esa sociedad.

Un porcentaje de jóvenes pasa por una situación mucho más delicada y radical en términos de enfrentamiento social. Ellos integran grupos con características delincuentes o se reúnen para drogarse. En ese medio los impulsos eróticos o agresivos se confunden, mezclándose con placer y frustración. Son la expresión del vacío interior y la falta de perspectivas en el mundo que están viviendo.

Cuando la fuerza que impulsa al adolescente hacia un estado independiente se enfrenta con la tendencia a estar unido a la infancia, la intensidad de la crisis existencial dependerá de la historia biográfica del individuo, de las características de su aparato psíquico y de su integración relacional con el medio.

Un determinado número de jóvenes, porque no consiguieron adaptarse a las condiciones del medio, se enajenan y son alienados por la sociedad. Al principio, viven en una situación de omnipotencia y expresan ese sentir por medio de la frase “que el mundo se las arregle”, fiel reflejo de que no les importan las cosas que los rodean. Quizás sientan, inconscientemente, que ésa es la única manera que tienen de sentirse vivos, estar presentes. El camino de la delincuencia puede llegar a ser la única escapatoria cuando no encuentran recursos personales y sociales para salir del anonimato. De esa manera, intentan disminuir el sentimiento de abandono y soledad, aunque muchas veces caigan en situaciones patológicas.

La finalización de la adolescencia ocurre, según el Comité sobre la Adolescencia (EEUU): 1) cuando el joven logra el estado de separación e independencia de sus progenitores; 2) por establecer la identidad sexual; 3) por la aceptación del mundo del trabajo; 4) por el desarrollo de un sistema personal de valores morales; 5) por la capacidad de establecer vínculos estables, duraderos, y de amor sexual, de cariño y genital, en las relaciones heterosexuales³; y 6) por el regreso a los padres en una nueva relación basada en una igualdad relativa.

³ Con relación a este ítem algunos autores mencionan que la resolución de la adolescencia implica la aceptación de funciones o papeles sexuales auto-otorgados en concordancia con tendencias personales independientemente de las expectativas familiares y, eventualmente, hasta de las imposiciones biológicas del género al que pertenece.

Con el paso del tiempo, el joven adquiere elementos que lo integran a la sociedad adulta. Él asume mayores responsabilidades y obligaciones en la comunidad, la que también le da más valor. La vida escolar y profesional se define y él asume posiciones políticas y filosóficas. Su interés afectivo se hace estable; piensa en formar una familia y tener hijos. Es la estabilidad que está llegando.

EL ADOLESCENTE Y EL SEXO.

Una de las principales características de la adolescencia es la evolución de la sexualidad autoerótica a la sexualidad genital adulta. La genitalidad adulta se define por el pleno ejercicio de la capacidad libidinal genital, en una interrelación con los elementos restantes de las etapas anteriores del desarrollo psicosexual. Se completa esa condición con la aceptación implícita de la capacidad de procreación, asociada a las condiciones socioeconómicas, integrando de esa manera una constelación familiar, con los papeles adultos correspondientes.

En la primera etapa de la adolescencia, en el período que sigue al comienzo de la pubertad, brota una sexualidad genital caracterizada por el autoerotismo. Los impulsos y las emociones sexuales ocurren principalmente por medio de fantasías y devaneos. El joven, en esa época, está muy ensimismado. Es por medio de la masturbación que él libera esos sentimientos.

La práctica homosexual, durante la adolescencia, principalmente en su primera etapa, debe ser considerada como algo normal siempre que sea transitoria y que no esté organizándose como sistema funcional. Puede estar vinculada a la necesidad de aprendizaje de ambos papeles sexuales o ser una tentativa defensiva para mantener la bisexualidad.

Por otra parte, el sexo opuesto, aunque se lo desee, no deja de ser algo que todavía inspira miedo por el simple hecho de ser desconocido. De esa manera, la práctica homosexual se reviste de una actividad lúdica de carácter erótico. Se puede observar, en los adolescentes, la práctica de ciertos hábitos que revelan esa conducta; por ejemplo: las chicas caminan tomadas de la mano, o los muchachos y muchachas bailan formando parejas del mismo sexo. En la época actual, esa libertad es mucho más grande al haberse atenuado los prejuicios.

La concreción de relaciones heterosexuales evoluciona en nuevas experiencias y emociones sexuales por medio de actividades sociales, deportivas, escolares, encuentros pasajeros y noviazgos. Tales actividades permiten un acercamiento más íntimo y protegido de los verdaderos peligros que representa, en ese momento, el acto sexual para los jóvenes.

El muchacho todavía no se siente preparado emocionalmente para una verdadera relación sexual. Muchas veces sus sueños románticos no van más allá de su imaginación, y el (la) amado (a) ni siquiera se entera de su condición de “rompecorazones”. Las relaciones interpersonales en esa época son superficiales, frágiles y transitorias.

En la segunda etapa de la adolescencia, después de haberse determinado la emancipación y habiendo una mejor definición de la identidad sexual, él o ella estarán deseosos de tener un (a) novio(a). El adolescente ya puede haber sentido las emociones que causan los estímulos sexuales más íntimos, por medio de caricias, contactos o roces lascivos. Quiere experimentar, aunque inconscientemente, nuevas emociones y sensaciones que la vida sexual le puede ofrecer ya que está presionado por la vida pulsional.

En ese instante surgen algunos imperativos categóricos propios de nuestra cultura. Hasta hace poco tiempo, la sociedad restringía las relaciones sexuales prematrimoniales. Hoy ya está relativamente liberada en muchos lugares.

La moratoria social, en el sentido de Erikson (1959, 68), está más dirigida a las cuestiones socioeconómicas, provocando que el nuevo matrimonio tenga dificultades para organizarse y formar su propia familia. Es la consecuencia de las dificultades para encontrar un trabajo dignamente remunerado, requisito fundamental para poder satisfacer las necesidades materiales del nuevo núcleo familiar. En razón de eso, el matrimonio amplía su estado de dependencia con la familia de origen.

Para contener la fuerza de los impulsos sexuales y agresivos, el joven necesita gastar una gran energía y utilizar una censura muy actuante. Las restricciones que la sociedad le imponía a la liberación sexual estaban relacionadas, hasta hace poco tiempo, a cuestiones morales, a los riesgos de un embarazo no buscado y de las enfermedades venéreas. Hoy en día, la

moral sexual es más libre y comprensiva, influyendo el descubrimiento de poderosos antibióticos y el perfeccionamiento de los métodos anticonceptivos. A pesar de eso, la gran restricción actual es consecuencia del grave peso que tiene la amenaza real de la proliferación del SIDA.

Hoy, la mujer lucha y exige igualdad de derechos frente al hombre y a la sociedad como un todo. Los valores, como la virginidad y castidad, no tienen ya la importancia de antaño, lo que contribuye para una vida sexual más libre y equitativa entre los muchachos y las chicas.

La vida sexual activa del muchacho, en muchas familias, era estimulada por el papá, quien con cierto orgullo llevaba a su hijo para que se iniciara sexualmente. La posición que las jóvenes reivindican hoy en la sociedad, coloca a esta “práctica educacional” en estado de crisis porque ellas también luchan por su emancipación en este sentido.

Hubo una época en la que se defendían la práctica sexual libre y la posibilidad de tener experiencias relacionales con diferentes compañeros como una posibilidad para encontrar una relación heterosexual afectiva y madura. Se pudo observar, en una época, la propagación de la idea de “amor libre” en que todas las relaciones eran válidas, indiscriminadamente, como una expresión de amor.

Sin embargo, tales actitudes, a mi modo de ver, reflejan un estado de negación de los propios sentimientos y de la existencia de afectos destructivos dirigidos contra sí mismo o contra el otro, componiendo el psiquismo humano. Esos componentes destructivos, en nombre de un placer inmediato, a menudo son presentados de una forma enmascarada o explícita, tal como son revelados en la literatura, como por ejemplo, en *El Infierno* de Dante Alighieri, o en *Fausto* de W. Goethe.

Considero que la precoz vida sexual activa o las relaciones que se establecen a partir de un encuentro estrictamente sexual, caracterizado por la negación de afectos, tienden a desarrollar una relación de naturaleza fugaz.

El psiquismo del adolescente se caracteriza por una tendencia a funcionar dividido, en una lucha para la integración de sus afectos contradictorios. Experiencias como las antes mencionadas se hacen extremadamente ansiógenas cuando son el resultado de acciones impulsivas. Como consecuencia de ello, la integración entre el placer erótico y el agrado

afectivo no ocurren siempre en el sentido de posibilitar una relación tierna y duradera.

En muchos grupos de jóvenes, la relación sexual integra el conjunto de relaciones interpersonales y afectivas. Pasa a ser una condición de estatus para pertenecer a dicho grupo. Algo parecido ocurre en relación al uso de la marihuana. El que no practica sexo o no fuma marihuana es considerado un “tonto”, “antiguo”, “atrasado”.

Pero, para una gran parte de la población, las restricciones todavía tienen vigencia y muchos jóvenes empiezan su práctica sexual activa cuando se sienten capacitados para lidiar con sus emociones y sentimientos. Por otra parte, maduran por medio de la experiencia y de la percepción de sus consecuencias positivas o negativas.

Cuando logran la capacidad para decir “no” a los impulsos que les son destructivos o que les dan miedo están revelando, a sí mismos, la existencia de una madurez que disminuye el sentimiento de culpa.

Según el autor Carneiro (1993), “el modelo actual de comportamiento entre los hombres y las mujeres de todas las edades, desde jóvenes adolescentes hasta personas mayores, que se acaban de conocer y se relacionan sexualmente, puede ser muy ventajoso para los hombres, pero la experiencia ha demostrado que es causa de profundos daños en el narcisismo femenino. Es una imago deformada que la cultura viene exponiendo y en la que se dejan llevar las mujeres, engañadas por el apelo de libertad, prerrogativa de los hombres hasta muy poco tiempo atrás”.

En los medios de bajo nivel socioeconómico, la iniciación de la vida sexual activa ocurre muy cerca de la aparición de la pubertad (OPS/OMS, 1990), y sus consecuencias son funestas. “Como resultado de la mayor precocidad de la actividad sexual, sin uso adecuado de métodos anticonceptivos, se observa actualmente un número creciente de mujeres embarazadas. Casi un 20% de los partos ya son de madres adolescentes”. Cuando ocurre el embarazo, las madres jóvenes y los padres se sienten desprevenidos y sin recursos como para enfrentar las responsabilidades. Ellos, en esa etapa de su vida, ni siquiera están preparados como para lidiar consigo mismos y ahora tendrán nuevas fuentes de conflictos.

Cuando prevalece el placer sensorial, sexual o agresivo en vez de la vida afectiva y simbólica, se empobrecen las catexis de otras áreas de la vida afectiva y del conocimiento. Entre los adolescentes grandes y los adultos jóvenes el problema tiene otra dimensión porque aumenta la posibilidad de que sean más responsables y que establezcan relaciones afectivas duraderas. Sin embargo, algunos jóvenes son impulsados a la vida sexual activa por cuestiones de autoafirmación frente al grupo que integran o utilizan el sexo como un medio de agresión a sus padres o a la sociedad. Esos hechos pueden ser la evidencia de algún desequilibrio emocional y de falta de madurez del individuo.

El informe Simon (mencionado por Barandier, 1976), realizado en Francia, revela que, entre 2625 hombres y mujeres, la edad promedio de la primera relación sexual fue de 18,2 años para los hombres y 19,1 años para las mujeres. La población femenina que mantuvo relaciones antes de los 21 años fue de 59% en el momento de la encuesta, y era 44% diez años antes. Una investigación realizada en 1986 por la BEMFAN y divulgada por Donas en el informe de la OPS /OMS en 1989 revela que a los 13 años de edad el 8,2% de las adolescentes brasileñas tuvo su primera relación sexual. A los 16 años, el número aumenta a 51,8% y a los 18 años, llega al 77,1%.

La sociedad contemporánea es profundamente contradictoria. Estimula, de manera precoz, la práctica sexual por medio de películas pornográficas, propagandas insinuantes, y en todo prevalece la mentalidad de consumo. Ella no ofrece la educación necesaria para que el individuo pueda aprender a defenderse, discriminando lo que es bueno para él de lo que puede hacerle mal. La mentalidad preventiva todavía está muy lejos de ser alcanzada en nuestra sociedad.

ELEGIR UNA CARRERA PROFESIONAL.

En la época de la adolescencia, el joven tiene que enfrentar la necesidad de elegir su futura carrera profesional. Muchos son los factores que intervienen en esa elección, ya sea orientada a una práctica profesional o a una formación académica. El joven, al no conocer sus aptitudes y tendencias, se desvive con su problema. Su contacto con los diversos sectores de trabajo todavía está restringido, como también las posibilidades prácticas de desarrollo y de realización personal, social y económica. Para algunos la opción va a depender de sus condiciones socioeconómicas y culturales o de la tradición familiar.

Realicé una adaptación de los factores propuestos por Katzenstein (citado por Pfromm Netto, 1977) como siendo los más comunes y que lo llevan al joven a cometer errores en su elección de la carrera profesional:

- a) la decisión es determinada por un único factor: el económico o la tradición. El individuo sigue la profesión de los padres por una cuestión de facilidad o por el incentivo familiar;
- b) la decisión es tomada por un simple acaso, sin reflexión, en una fase circunstancial de la vida;
- c) el joven desconoce la profesión que eligió, o a sí mismo y no se evalúa en relación a la elección hecha;
- d) cuando no se analizan las situaciones particulares en relación a los adolescentes superdotados o que presentan limitaciones físicas o mentales;
- e) la existencia de dificultades en la dinámica familiar, imprimiendo una determinada dirección en la elección de la profesión;
- f) también influyen en la elección de la futura carrera profesional los hechos marcantes que sucedieron en la vida del joven, su identificación con los padres, las características de su personalidad y la identidad sexual.

La elección vocacional también depende de elementos vinculados con fantasías inconscientes y conscientes, con la valoración intelectual, idealizaciones y con el estatus social.

Pfromm Netto menciona la elección de carrera y la adaptación al trabajo como los elementos constitutivos de un proceso de diferenciación e integración sucesivos, y que se desarrollan a lo largo de toda la vida del individuo. Ellos están íntimamente ligados al proceso de identificación.

En esa etapa, caracterizada por la posibilidad de realizar pruebas sin tener mucha responsabilidad en ellas, el joven se ve presionado para definirse en asuntos en los que él no se siente todavía seguro. Elegir la carrera profesional alrededor de los 16 años es muy angustiante. Con frecuencia toman decisiones impulsivas no por identificación sino para verse libres del asunto que les provoca ansiedad, y también por la presión de la realidad de

nuestro sistema educativo. El resultado de ello son decisiones altamente frustrantes, que acaban afectando el desarrollo del proceso de identificación.

Surgen sentimientos degradantes que afectan la autoestima del individuo. Cuando prevalece la indefinición y sobreviene la presión familiar, la situación emocional del adolescente puede desequilibrarse, aumentando la ansiedad y apareciendo cuadros patológicos como fobias, inhibición intelectual o inseguridad.

Por lo tanto, es de fundamental importancia orientar al adolescente en ese sentido, dándole las posibilidades para que se conozca y que pueda ver los sectores profesionales más diversos. Eso lo ayudará para definirse de una manera adecuada según el conjunto de aptitudes y necesidades que él tenga, como también lo hará de acuerdo con la realidad profesional, incluyendo las condiciones del mercado de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

ABERASTURY, A. & colabs. *Adolescencia*. Buenos Aires: Kargieman, 1976.

ABERASTURY, A. & KNOBEL, M. *La Adolescencia Normal*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

AJURIAGUERRA, J. *Manuel de Psychiatrie de l'Enfant*. París: Masson, 1974.

ARIÈS, P. *História Social da Criança e da Família (Historia Social del Niño y de la Familia)*. Río de Janeiro: Guanabara Kogan S.A., 1981.

BARANDIER, M. *O sexo e o Adolescente (El adolescente y el sexo)*. Río de Janeiro: Pallas, 1976.

BLOS, P. *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Joaquín Mortiz, 1975.

CARNEIRO, M.P.F.: *Superego Feminino em Busca da Diferença*. Trabajo presentado en la Jornada promovida por la Asociación Brasileira de Psicoterapia Analítica de Grupo. Valinhos, 1993.

Comité sobre Adolescencia del Grupo para el desarrollo de la Psiquiatría (EEUU). *Dinámica de la Adolescencia: Aspectos Biológicos, Culturales y Psicológicos*. s.f.

CHIPKEVITCH, E. *Puberdade e Adolescência*. San Pablo: Editora Roca, 1995.

DONAS, S. *Epidemiología de la Salud del Adolescente en Brasil*. OPS / OMS. Conferencia realizada en setiembre de 1989.

ENCICLOPEDIA JUDAICA. Río de Janeiro: Tradição, 1967.

ERIKSON, E. *Adolescence et Crise: la Quête de l'Identité*. París: Flammarion, 1972.

_____, *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1973.

ERLICH, S. R. *Conferencia dada durante el XII Congreso Brasileño de Neurología y Psiquiatría Infantil*. Recife, Brasil. 19/9/93.

FREUD, A.; OSTERRIETH, P. A.; PIAGET, J. y colabs. *El Desarrollo del Adolescente*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

FREUD, S. (1895) [1950]. Proyecto de una Psicología para Neurólogos. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1900). La Interpretación de los Sueños. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1912-3). Tótem y Tabú. *Obras Completas*, volumen II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1929) [1930]. El Malestar en la Cultura. *Obras Completas*. Volumen III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

HARARI, R. *Teoría y Técnica Psicológica de Comunidades Marginales*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.

KALINA, E. *Psicoterapia de Adolescentes*. Río de Janeiro: Francisco Alves, 1976.

KLEIN, M. *Psicoanálisis da Criança*. San Pablo: Mestre Jou, 1969.

LAPLANCHE, J; PONTALIS, J. B. *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: editorial Labor, 1981.

OPS / OMS. *Bibliografía número 3: Adolescencia*. marzo, 1990.

OSÓRIO, L. C. *Abordagens Psicoterápicas do Adolescente*. Porto Alegre: Movimento, 1977.

PFROMM NETTO, S. *Psicologia da Adolescência*. San Pablo: Pioneira, 1977.

REYMOND-RIVIER, B. *El Desarrollo Social del Niño y del Adolescente*. Barcelona: Herder, 1974.

TELLES, L. F. *As Meninas*. Río de Janeiro: José Olympio, 1976.

TIBA, I. *Puberdade e Adolescência: Desenvolvimento Biopsicossocial*. San Pablo: Ágora, 1986.

WINNICOTT, D. *O Brincar e a Realidade*. Río de Janeiro: Imago, 1975.

O livro pode ser encontrado no endereço:

LUMEN

Rua Viamonte, 1674 – Buenos Aires – Argentina

E-mail: editorial@lumen.com.ar